



UNIVERSIDAD DE CHILE

INSTITUTO DE LA COMUNICACIÓN E IMAGEN

ESCUELA DE PERIODISMO

LA VIDA DENTRO Y FUERA DEL HOGAR

(De menores)

ANTONIA DEL SOLAR BENAVIDES

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

PROFESOR GUÍA

EDUARDO SANTA CRUZ ACHURRA

SANTIAGO DE CHILE

Julio de 2015

Índice

AGRADECIMIENTOS	4
INTRODUCCIÓN	5
FAMILIA DE ORIGEN	9
<hr/>	
PADRES INDESEADOS	10
ZAPATOS BLANCOS Y UN AUTO ROJO	13
CUATRO NIÑOS INGRESAN A UN HOGAR	16
EL SUEÑO	21
LA DUDA	25
CRECER EN UN HOGAR DE MENORES	29
<hr/>	
SOLANGE, 26 AÑOS	30
CUANDO LA FAMILIA NO ES UN LUGAR SEGURO	31
QUIEN TE QUIERE TE APORREA	35
ENCONTRARSE EN OTROS	40
ANDREA, 23 AÑOS	45
EL BALANCE	46
DOS INTENTOS FALLIDOS	50
EL DESAMPARO DE SABERSE SOLA	55
MARILYN, 23 AÑOS	58
EL DON DE NO DEJARSE VER	59
NADA QUE PERDER	62
BÁRBARA, 24 AÑOS	65
ELLA QUIERE SER HIJA	66
OTRA VIDA	71
ILIANETTE, 24 AÑOS	76
LA MUERTE DEL PADRE	77
HABLEMOS DE FAMILIA	82
LA LLEGADA Y LA PARTIDA	86
CORRER EL RIESGO	90
LA VIDA DESPUÉS DEL HOGAR	96
<hr/>	
LA VIDA ESTÁ ADELANTE	97
DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS	104
SER MADRE	110
QUE LA VIDA CAMBIE	114
LA HISTORIA PROPIA	118
MÁS QUE UN NÚMERO	122

Agradecimientos

Agradezco, primero que nada, a cada uno de los entrevistados que hicieron este trabajo posible. Sobre todo a estas cinco mujeres que sin pedir nada a cambio se dieron el tiempo y las ganas de hacer un recorrido extenso por sus propias experiencias. Que se abrieron completamente para hablar de sus miedos, sus sueños, sus cariños y me acercaron así, a sus historias.

Por otra parte, le doy gracias a mi profesor guía, Eduardo Santa Cruz, que sin ser un entendido en el tema, con la mejor disposición me acompañó en este proceso. Igualmente al profesor Sergio Trabucco que me escuchó, me aconsejó e hizo que me encontrara nuevamente con estos relatos.

Por último, pero igual de importante, gracias le doy a mi familia por apoyarme incondicionalmente en este negocio redondo que es educarse.

Introducción

Un día a mi mamá le llegó un mail de una mujer que trabaja en un hogar de menores. El correo tenía como objetivo recaudar fondos para pagarle un curso de manicure a una niña que estaba pronta a cumplir 18 años y que vivía en un hogar. La mujer especificaba que la adolescente desde hace muchos años vivía en el sistema residencial, que tenía poco contacto con su familia de origen, que era muy tímida porque desde muy pequeña había sido maltratada y que próximamente tendría que dejar la residencia ya que cumpliría la mayoría de edad, por lo tanto, había que darle herramientas.

Gracias a ese mail, otra mujer, que no conocía a la adolescente se ofreció para darle espacio en su casa. Al final, hasta donde supe, la idea del curso de manicure quedó truncada. Ella tenía que lograr superar sus inseguridades primero ya que se le hacía muy tortuoso verse expuesta a tanto cambio junto.

Después de enterarme de toda esta historia me quedé pensando qué sabía yo sobre los hogares de menores. No sabía nada

. Sabía que había visto alguna vez denuncias al interior de residencias por abuso o maltrato en los medios de comunicación. También tenía recuerdos vagos e infantiles de un par de visitas escolares a hogares de menores, donde iba con todo mi curso a jugar con esos otros niños. Digo otros porque siempre fueron

inconscientemente eso para mí: niños distintos a mis compañeros, a mis amigos, a mis primos.

Me acuerdo que en ese entonces mi hermana estaba saliendo del colegio, es decir, tenía la misma edad de la niña del mail y sus mayores preocupaciones eran el vestido de graduación y la ponderación de la PSU. Yo a su edad tenía las mismas inquietudes y un miedo-fascinación por dejar mi casa e irme a vivir a Santiago, pero tenía una familia detrás, una casa, apoyo y medios. Esta niña no tenía nada de eso, y una segunda persona estaba viendo si lograba suplir esas faltas con ayudas anónimas de gente que no conocía a la adolescente en cuestión. Ahí se me instaló una segunda pregunta, qué pasa con esos niños y niñas que nunca fueron adoptados o que nunca retornaron a sus familias de origen. Qué pasa con ellos cuando tienen que irse de las residencias. ¿Cuándo tienen que irse? ¿Tienen que irse?

Para tener una idea, en Chile -según cifras del Servicio Nacional de Menores, Sename¹- hasta abril del 2014 el total de niñas, niños y adolescentes que vivía en el sistema residencial chileno era de 6.893. De ese total, en 2013, 122 niñas y niños egresaron de hogares de menores por cumplimiento de edad límite. ¿Qué significa eso? que durante ese año, por ejemplo, 122 niñas y niños que nunca fueron adoptados y que tampoco volvieron a vivir a sus casas porque no estaban las condiciones, tuvieron que dejar de vivir en una residencia de menores. ¿Cómo es el

¹Información extraída a partir de Ley de Transparencia efectuada al Servicio Nacional de Menores

cambio? ¿será muy distinto vivir dentro de un hogar y luego fuera? ¿contarán con las herramientas suficientes? ¿a dónde se van?.

Lo cierto es que en dichos hogares viven menores de edad entonces cuando éstos cumplen 18 años tienen que irse. Antes de esa fecha se supone que en los hogares intentan darles la mayor cantidad de instrumentos y facilidades para que cuando salgan y vuelvan a vivir con esas familias que no pudieron hacerse cargo de ellos, la experiencia sea lo más positiva posible. Resulta que hay niños y niñas que no tienen familia de frente o al menos una familia relativamente presente. Esas personas igualmente tienen que irse. Hay excepciones, claro. Si es que la situación de esas personas es crítica y el hogar está en condiciones, pueden quedarse hasta los 24 años siempre y cuando haya un registro que certifique que se encuentran estudiando y que sus estudios están teniendo buenos resultados.

El centro de este trabajo está puesto en una fundación en particular, Fundación Instituto Chileno de Colonias y Campamentos, conocida también como Villa Padre Alceste Piergiovanni. Cada una de las personas que aparecen en el relato vivió en dicha residencia. Este lugar queda en Quinta de Tilcoco, una comuna de 11.380 habitantes según Censo 2002², ubicada en la región del Libertador Bernardo O'Higgins. El interés de enfocarme en esta residencia en particular recae en que es posible ver la vida rural así como también la migración campo-ciudad.

² Instituto Nacional de Estadística, INE (2002) Censo 2002

La presente memoria cuenta las historias de vida de cinco mujeres que crecieron dentro de un hogar de menores. Sólo una vivió hasta los 14 años en el sistema residencial. El resto lo hizo hasta los 18 años e incluso una, hasta los 24. A través de sus vivencias intenté adentrarme y entender el proceso, no solo de migración dentro del hogar-fuera del hogar, sino también la relación con sus compañeras, con sus familias, con los funcionarios de la residencia y con ellas mismas. Por una parte, comprender qué significa crecer en el sistema residencial y, por otro lado, cómo es irse de ahí sabiendo que no se puede regresar.

Éstas son las historias de esas cinco mujeres que sabían que existía un plazo, una fecha de expiración para dejar el lugar en donde habían estado viviendo hasta el momento y ver qué les echaba la suerte después de eso. Esto es, prácticamente, un rescate de esas voces femeninas que narran cómo fue irse, qué pasó antes y qué sucedió después.

Familia de origen

(La familia es lo primero, para algunos)

Solange, 26 años

Quinta de Tilcoco

PADRES INDESEADOS

(“Ojalá estar desaparecida para los dos”)

“¿Yo tengo visita?” preguntó sorprendida Solange cuando la tía del hogar se acercó a buscarla. “Pero si yo nunca he tenido visita” agregó aún incrédula. En ese momento la mujer le explicó que su mamá estaba en una sala esperándola para conocerla al fin. Ella no quería entrar a la pieza. No quería ver a su madre. Solange le aclaró entonces a la tía que ella no tenía mamá, pero no importó cuántas veces se negara, el personal del hogar hizo que se reunieran de todas formas. Sin más alternativa, esperó nerviosa sentada en un sillón que apareciera la mujer desconocida que se suponía era su madre. Cuando finalmente entró, se sentó muy cerca pero Solange no quería que se le acercase entonces se paró rápido, como un animal herido, y se sentó en el sillón contiguo.

La mujer trataba de abrazarla, de hablarle pero ella no quería abrazarla, no quería escucharla, no quería nada de nada. Se puso a gritar y a llorar y a pegarle patadas, todo al mismo tiempo, mientras le aclaraba que ella no era su mamá, que su mamá simplemente no existía. Solange tenía siete años para ese entonces. Desde ahí hasta los quince –momento en que conoció a la directora de su escuela que luego se

convertiría en su principal apoyo- dejó de saludar a la gente de beso en la mejilla. Sentía que la habían traicionado, que no la escucharon cuando dijo muy segura que no había madre por conocer y la expusieron a una situación que ella nunca quiso enfrentar. Solange quería que se la sacaran de aquí, dice apuntándose la cabeza.

Luego de ese primer episodio su madre volvió algunos domingos. Calcula que iba más o menos cuatro veces al año. También apareció su papá pero lo vio menos porque por lo que ella recuerda al parecer estaba en la cárcel. Antes de eso a Solange le gustaban los días de visitas aunque nunca nadie fuera a verla. Le gustaba porque los familiares de los otros niños iban y pasaban a saludarla, le daban dulces, a veces incluso regalos. Ahora ya no le gustaban. No le gustaba pensar que alguno de sus padres podía aterrizar en el hogar.

Cuando la mamá iba –de manera bien espaciada- le llevaba caramelos, a veces ropa, otras, juguetes y apenas se iba, Solange repartía sus nuevas adquisiciones a las demás compañeras. No quería tener nada que ver con esa madre de pronto aparecida, ni dulces le quiso aceptar.

Solange no tiene suficientemente clara la historia de su familia, tampoco tiene clara su propia historia. Sabe que nació en el hospital de Quillota y que vivió ahí hasta los dos años, en alguna cuna, bajo los cuidados de las enfermeras. Dice que su mamá la tuvo, le puso nombre y se fue: Nathaly Andrea, así se llama, pero Solange

es Solange desde los 13 años. Desde que llegó a la Villa Padre AlcestePiergiovanni, el último hogar de menores en el que estuvo, y le dijeron que ya habían dos Nathaly. Dijo entonces que le dijeran Andrea pero también había una niña -la flaca como le dice ella- que se llamaba de esa forma, así que sin pensarlo mucho sugirió que le llamaran Solange. Solange, igual que la mejor amiga que tuvo cuando vivió en un hogar anterior. Ésa que le presentó a su familia y la invitó a su casa.

La última vez que Solange vio a alguno de sus padres fue cuando tenía diez u once, es decir, hace unos quince años atrás. Recuerda que no quería saber nada de ellos. Tenían que trasladarla a otro hogar porque en la residencia en la que se encontraba sólo estaba implementada para niños más pequeños. Ella pidió entonces que en lo posible la mandaran lejos. Fue así como Solange dejó la V región y llegó a instalarse a Quinta de Tilcoco, cambiando los aires marinos por las brisas de los árboles centenarios de la Villa y, dejando al mismo tiempo, los fantasmas de su madre y padre en un Valparaíso distante.

Andrea, 23 años

Quinta de Tilcoco

ZAPATOS BLANCOS Y UN AUTO ROJO

(Recuerdos de una madre desconocida)

Dice que no sabe cómo fueron las cosas. Que son tantas las historias y que la historia cambia según quién la cuente, incluso según cuándo se la cuenten. Andrea dice que no, no más. Pero de a poco van saliendo los sucesos, como por detrás de un cuento que lastima y que no quiere ser contado. De su madre no recuerda nada, en parte porque era chica cuando su mamá se fue. Otro poco, porque me voy dando cuenta que nada de eso quiere ser recordado por ella.

Andrea es la menor de cuatro hermanos: los dos mayores hombres, las dos últimas mujeres. Tenía dos años cuando su madre decidió partir sin fecha de regreso. Si intenta imaginar su cara, hay rasgos que no puede terminar de trazar. En el hogar tenían fotos de su mamá e intentaron mostrárselas algunas veces, cuando estaba por egresar de la residencia, pero ella se negó. Creía que no tenía mucho sentido volver a retener una cara que no vería. De lo que sí se acuerda es de los zapatos blancos y puntiagudos que usaba. La recuerda de la rodilla hacia abajo porque era muy pequeña y hasta ahí alcanzaba su visión. Los zapatos y el auto rojo del hombre que iba a visitarla, nada más.

El papá de Andrea desde ese tiempo que era bueno para tomar. Su mamá –por lo que le han ido contado- estaba cansada de la situación ya que su marido era muy posesivo y celoso y no la dejaba trabajar. Su tía y su abuela, cuando Andrea les ha preguntado, le dicen que él quería tener a la gente muy cerca, más cerca aún si eran personas que quería de verdad. Entonces su padre quería a su esposa en la casa, con los niños, solo para él. Confundiendo amor con posesión. Pero su madre veía a escondidas a otra persona, y un día –de la noche a la mañana como dice Andrea- decidió subirse al auto rojo y perderse calle adentro.

No está completamente segura si llegó al hogar por abandono o por maltrato: su mamá se fue y su papá le pegaba a ella y a sus hermanos. Andrea recuerda una vez que él le pegó pero nunca se enteró bien qué hizo para que él reaccionara así. De grande necesitó entenderlo e intentar encontrarle una razón al comportamiento violento de su padre. Empezó a darse cuenta que cuando eran chicos entre sus hermanos también peleaban y se pegaban. Se acuerda de haber estado un fin de semana de visita en la casa de su abuela cuando uno de sus hermanos tomó una manguera y con toda su fuerza la azotó contra su estómago de niña de cinco años. Segundos, quizás un minuto sin respirar, cómo olvidarlo.

Con el tiempo Andrea ha ido elaborando una idea, cree que su padre les pegaba porque nunca terminó de comprender y de asumir que su esposa lo había dejado. Estaba enamorado –según ella- y la madre de sus hijos lo abandonó. Ahí estaban

entonces los niños, como cuatro pequeños espacios donde podía ir a desembocar su frustración.

Los años pasaron dentro del hogar. A veces iba su papá o su abuela a visitarlos. Andrea fue la última de sus hermanos en irse de la residencia. Cuando estaba por egresar pensó en contactar a su mamá fugitiva. Todos sus hermanos la habían vuelto a ver una vez, menos ella. Estaba por cumplir 18 años y creyó que ése podía ser un buen auto-regalo para hacerse: conocer a su madre. Pero el entusiasmo no le duró mucho tiempo porque Andrea sabía que en el fondo, odiaba la imagen de su mamá que había construido en su cabeza. Esa imagen de mujer que hace borrón y cuenta nueva y se manda a cambiar, y deja a sus hijos con un padre golpeador y alcohólico.

Se acordó también que todos sus hermanos habían vuelto de Las Cabras, más tristes y más enojados. Porque allá en Las Cabras fue donde su madre rehízo su vida. Fue donde estacionó el auto rojo para quedarse. Y con ese hombre formó una familia: dos niñas, a las que sí cuida. Entonces se dijo a sí misma que no. Que para qué buscar donde no hay. Que mejor se olvidaba de Las Cabras y de esas medias hermanas sin cara y del auto rojo y de los zapatos puntiagudos y blancos de una mujer que nunca desanduvo lo andado para volver por ellos. Y cerró el capítulo más enrabada que antes pretendiendo no volver a abrirlo nunca más.

Marilyn, 23 años

Quinta de Tilcoco

CUATRO NIÑOS INGRESAN A UN HOGAR

(Ella se fue y él no paró de tomar)

Marilyn vivió sus primeros años con sus padres, junto a sus dos hermanos que le seguían. Eran una familia pobre. Una de las pocas cosas que recuerda de esa época es que su papá a veces no tenía con qué llegar a la casa. También se acuerda que en el barrio un auto atropelló a su perro.

A los tres o cuatro años llegó por primera vez a Villa Padre Alceste Piergiovanni. Estuvo ahí un tiempo con su hermano. Su hermana -en ese entonces la menor de los tres (después nació un cuarto niño)- se quedó con sus padres. La situación se hacía insostenible, no había plata, no había comida, a veces pasaban frío – recuerda- así que fueron a parar al hogar. El plan era que estuvieran ahí un tiempo y así fue. Después de un año, tal vez dos, volvieron a la casa con su familia.

Un día como cualquier otro día, la mamá –que era alcohólica- le dijo a su hija mayor, es decir, a Marilyn que tenía que ir a comprar unas cosas y que volvía pronto. Al rato llegó su papá y le preguntó dónde estaba su madre. Marilyn le explicó que su mamá había ido al supermercado. En ese momento él le dijo que no,

que lo más probable es que ella no volviera, que se había ido y no precisamente a comprar. Marilyn no entendió pero lo cierto es que su padre al otro día habló con la asistente social. Fue así como Marilyn y sus tres hermanos más chicos –el último tenía un par de meses de vida- dejaron de vivir con sus padres para comenzar a vivir a cargo de “tías”, rodeados de niñas y niños que al igual que ellos, habían llegado a ese lugar por distintos motivos: pobreza, negligencia, violación, maltrato o abandono. Marilyn tenía seis.

La visita

La infancia fue avanzando. Marilyn dormía en una pieza con camarotes junto a cinco o seis niñas. Se peleaban, se apoyaban, jugaban, las castigaban, se contaban cosas. Cada vez que llegaba una nueva niña a la Villa todas las demás se acercaban para interrogarla “¿qué haces acá?, ¿a ti que te pasó?”. Abiertamente se contaban sus experiencias. Los relatos tenían como ejes el abuso, el alcoholismo, el maltrato, el abandono, entre otros. Desde pequeñas escucharon historias donde podían ir reconociendo los acontecimientos propios que a sus cortas edades ya habían vivido, por lo tanto, esas situaciones se hacían cotidianas, sabidas, asumidas: todas estaban ahí porque afuera, junto a sus familias- si es que las había- al menos de momento no podían estar.

Marilyn rara vez recibía visita. Una vez fue un tío -hermano de su mamá- a celebrarle el cumpleaños en conjunto con su prima. Lo pasó bien, tan bien que lo recuerda con cariño, porque no esperaba nada, no esperaba que viniera alguien a la residencia a cantarle *Cumpleaños feliz*. A Marilyn le entretenían los domingos porque los demás niños que sí tenían padres o familiares presentes, recibían visitas y a ella le daban dulces. A veces iba su papá: una vez al mes, una vez cada seis meses, una vez al año; nunca se sabía cuando iba a volver.

Su padre, una vez que su mamá fue a “comprar” para no volver más, empezó a tomar. Según Marilyn no soportó la idea de que su madre lo hubiese dejado por otro hombre, sin previo aviso, abandonando de paso a los cuatro niños, entonces comenzó a alcoholizarse recurrentemente, hasta que estar curado se hizo un hábito y un estado permanente. “Yo quería tener una familia porque veía siempre a algunos papás que iban a visitar a sus hijos constantemente, no una vez al año, ni una vez al mes, iban todos los domingos a verlos o domingo por medio, pero iban. Iban sanos y buenos porque a veces iba mi papá llegaba curado a vernos”. Dice que a ella y a sus hermanos les daba pena cuando lo veían así, y al final ni podían estar con él porque lo echaban del lugar.

Un día como cualquier otro día, las tías le dijeron a Marilyn que alguien quería verla. Ni siquiera era día de visita, pensó. Resultó que cinco años después de que los cuatro niños habían ingresado, su madre quiso visitarlos. Marilyn estaba

emocionada, todo ese tiempo había estado deseando ver a su mamá, saber cómo estaba, preguntarle tantas cosas. De los cuatro era la que más la recordaba. Apenas la vio la reconoció enseguida, a pesar del deterioro, a pesar de tener una expresión perfilada por el trago y el exceso y la pobreza. Marilyn es morena, delgada y tiene el pelo liso; su madre, por el contrario, era muy blanca, tenía rulos y era más bien gorda. Estaba igual como la había retenido su memoria, el pelo ondulado, la piel clara, su cuerpo grueso y pequeño, pero muchísimo más desgastada.

Les habló de planes y promesas, les dijo que en un tiempo podrían irse todos a vivir con ella, pero Marilyn le dijo que no. Que no quería vivir con el hombre por el que los había dejado, que en el hogar estaban bien pero que podía ir a verlos más seguido. En todo ese rato Marilyn no quiso mirar a los ojos a ese hombre que acompañaba a su madre, no quería ponerle cara al que sentía responsable de la partida de su mamá, así que se limitó a verlo de perfil, periféricamente, como quien no quiere la cosa, como si se tratara de una sombra en esa pieza donde estaba celebrándose el reencuentro. Ante la negativa de la niña la mujer les propuso visitarlos a menudo, llevarles juguetes a todos, comprarles dulces y continuar en contacto. Cuando Marilyn le preguntó por qué se había ido, ella respondió que se había enamorado de alguien más y que no podía seguir con su papá.

Una semana más tarde el personal de la residencia reunió a los cuatro hermanos en una sala. Marilyn no lo podía creer, no dejaba de gritar y de llorar. Estaba triste,

estaba frustrada, estaba enrabada, estaba desilusionada, estaba tantas cosas. Tenía su corazón de niña de once años apretado en la garganta y sentía que se ahogaba. El psicólogo fue el encargado de contarles que su madre había muerto atropellada a medianoche porque había cruzado una calle estando ebria y la habían arrollado.

Marilyn se acuerda de la decepción que sintió, de las promesas que quedaron huérfanas después de enterarse, del deseo interrumpido de querer conocerla más y hacer que la quisiera y de quererla también. Los vistieron para la ocasión y un tío pasó a buscarlos a los cuatro y los llevó para su casa. Ahí estaban los rulos, la piel clara y marchitada, el cuerpo grueso y pequeño, siendo velados. De algo estaba segura Marilyn: esa visita esperada e inesperada había sido debut y despedida.

Bárbara, 24 años

Santiago

EL SUEÑO

(De una familia y una casa)

Bárbara y su hermano menor estuvieron en el sistema residencial desde muy pequeños. Eran los dos últimos de seis hermanos. Bárbara tenía tres años cuando ingresó al primer hogar. Sus padres eran alcohólicos y drogadictos, se estaban separando y no podían mantener a seis niños entonces decidieron que los dos menores debían irse a alguna residencia. Bárbara dice que no recuerda nada de sus padres, ni de sus hermanos mayores, ni de su vida antes de los hogares de menores. Que su memoria infantil no alcanzó a retener esos primeros recuerdos.

Sabe que nació en Quillota y estuvo en el primer hogar hasta los siete años. Luego, por edad, tuvieron que trasladarla a otra residencia también ubicada en la misma ciudad. Se acuerda que uno de esos dos hogares quedaba al lado de la cárcel. Se acuerda bien porque una vez se escaparon los reos y los carabineros estuvieron escoltando el lugar.

Bárbara nunca recibió visitas de sus padres. Ella sabía que existían, que una vez tuvo familia pero esas ideas no eran más que fantasmas de una realidad demasiado

lejana. Una tía iba a veces a visitar a los dos niños. Al principio ambos salían con ella los fines de semana pero con el tiempo Bárbara dejó de ir. Por un lado, porque su tía tenía puros hijos y encontraba que era un riesgo meter a una niña entre medio de tantos hombres y, por otra parte, porque Bárbara sentía que su tía se aprovechaba de ella. Ya no quería ir más a su casa y es que ella se daba cuenta que mientras sus primos y su hermano jugaban, su tía le pedía que lavara la loza, que planchara, que barriera, que le dejara la casa bonita. Y Bárbara sabía bien que ella no salía del hogar los fines de semana para ir a hacer aseo a casas ajenas.

Uno de esos fines de semana en compañía con su tía, fueron a la feria. Ahí la vio, se topó de frente a su madre. La mujer con suerte le dedicó una mirada fugaz y fría y siguió andando. Al poco rato un hombre se dio vuelta y la interceptó para pedirle disculpas, para decirle que sentía mucho no haber podido cuidarla, que por favor lo perdonara. Era su padre. A Bárbara le dolió la indiferencia de su mamá, también el trato que le daba su tía, así que se fue alejando.

Un día en el hogar de Limache hicieron una charla sobre adopción y se dio cuenta que ella quería ser adoptada y tener una familia y vivir en una casa, a pesar de que siempre se sintió querida en los hogares donde estuvo. Reconociendo que tuvo buenas mujeres a cargo que la hicieron sentir afortunada y compañeras de las que se hizo amigas.

Ahí se iniciaron los papeleos y las idas al juzgado. Bárbara fue trasladada a la Villa Padre Alceste Piergiovanni. Lo anterior, porque no todos los hogares de menores son residencias donde viven niños para ser adoptados. El hogar en el que estaba viviendo en Limache de hecho, no lo era, por eso fue a parar a Quinta de Tilcoco. Recuerda el viaje a la Villa, recuerda que se le hizo interminable. También que no quería separarse de la directora de su ex hogar hasta que el tío Francisco, director de Fundación Instituto Chileno de Colonias y Campamentos, logró que la niña soltara a la mujer y se tranquilizara y dejara de tener miedo.

Bárbara en ese entonces tenía diez años. Fue en ese momento cuando su vida y la de su hermano tomaron caminos distintos. Él seguía yendo a la casa de su tía y al parecer el plan era que viviera junto a sus primos. A Bárbara le costó dejarlo pero entendía que quedándose las cosas no cambiarían.

Un poco antes de irse de Limache recibió una carta a través de otra niña de la residencia. Bárbara no tenía idea pero la niña que le pasó la carta y que vivía ahí mismo, era su prima y el remitente, era una de sus hermanas mayores. Bárbara la leyó. Su hermana le pedía perdón por nunca antes haberla buscado. Le decía que su papá estaba igual que siempre, loco. Le contaba que pronto se convertiría en tía de un niño que venía en camino. Por último, le dejaba su número para que ante cualquier cosa la llamara si es que necesitaba algo. Bárbara nunca la llamó, pero

hasta el día de hoy guarda esa carta entre sus cosas, con cuidado, como si esa carta fuese un puente que la conectara con esa lejana vida anterior.

Ilianette, 24 años

Santiago

LA DUDA

(Una historia sin prólogo)

Ilianette a los trece años no sabía que existía el cáncer de útero. Tampoco sabía que su madre tenía cáncer de útero. Por eso le pareció tan extraño que el padre Alceste la mandara a llamar y le pidiera que no bajara a la playa con el resto de sus compañeros. Estaba en Pichidanguí de vacaciones con los niños del hogar, los funcionarios y el padre Alceste, igual que todos los veranos. El cura trató de ser cuidadoso y claro y le explicó que su mamá estaba enferma y que era urgente que partiera inmediatamente a verla. Ilianette, a quien desde pequeña sus más cercanos llamaban Lily, se fue de las cabañas playeras derecho al Hospital Regional de Rancagua. Ahí la encontró, hundida en una camilla, disminuida, frágil, silenciosa. Lily se sorprendió de verla así. Su madre siempre había tenido estampa de mujer fuerte, paradójicamente fuerte o disimuladamente débil, de ese tipo de mujer que pone la otra mejilla cuando se aproxima abierta y firme la mano pesada del machista golpeador. Ahora no había mejilla que poner: estaba en las últimas.

Ilianette se le acercó, conversaron e insistió una vez más, qué por qué estaba ahí, que por qué nunca vivió con ella, que cuál fue el motivo de vivir en un hogar de

menores desde su nacimiento, que quién es su padre. Su mamá estaba por morirse y ella no podía quedarse con la duda. Había intentado todo. Habló innumerables veces con los funcionarios de la Villa Padre AlcestePiergiovanni para que le contaran por qué ella y su hermano siempre habían estado en el sistema residencial, pero nadie le dio una respuesta. Le dijeron que por razones de seguridad no podían decirle, que se olvidara. Lily no podía soltar esa pregunta, necesitaba saber, entonces encaró cada vez que pudo a su mamá y siempre tuvo el mismo resultado: la evasión.

No supo bien qué hacer, verla así y preguntarle de nuevo era complicado pero le parecía más complicado que su mamá muriera y que ella quedara viva, con una parte de su propia historia en blanco, así que lo intentó una última vez. Nada. Su madre se fue yendo, se fue apagando y se llevó junto a esa agonía el inicio confuso de la vida de Ilianette. También el de Pablo, su hermano menor.

La mamá de Ilianette siempre estuvo, a pesar de no vivir con sus hijos, a pesar de que ellos vivieran en un hogar. Ella iba a verlos los fines de semana. Ilianette no conocía al resto de su familia pero a su madre sí. La conocía y sabía que chocaban, que sus genios fuertes construían un murallón que las separaba a la una de la otra. A veces iba a verla a su casa. Encontraba fin de semana por medio a su mamá conviviendo con un hombre distinto. Ilianette mentía en el hogar. Decía que estaba sola y estable pero ella sabía bien que era mentira. Estaba con ella y por defecto

estaba con Fulano, Mengano o Zutano pero se lo callaba porque aunque se descrestaban en la intimidad de una relación lejana-cercana, querían seguir encontrándose y si en el hogar se enteraban que la situación no había cambiado, Ilianette no podría ir más a quedarse con ella.

Un día no soportó más. Abre mucho los ojos y me cuenta que estuvo a punto de pegarle –como alguno de esos hombres- a su madre, con las manos decididas e hirientes. A ella le enseñaron en la Villa que nadie estaba aquí para minimizarlas, que el amor partía por hacerse respetar, entonces resultó que un día no la entendió o simplemente no quiso hacerlo y le paró los carros y con menos de trece años la sacudió al agarrarla, casi pegarle y preguntarle por qué. No sólo por qué ella y Pablo vivían lejos de sus cuidados, sino que también por qué creta dejaba que esos hombres aleatorios hicieran lo que quisieran con ella.

Su mamá se murió al poco tiempo e Ilianette me explica que aunque le dio pena verla tan enferma, no sintió su ausencia tan fuerte. Más difícil le pareció, por un lado, saber que estaba completamente sola y, por otro, no haber terminado nunca de saber de dónde venía. Lo que vino después fue un desfile de familiares desconocidos. Qué se hace con los niños. Una tía apareció, quería la tutela para cambiarla de hogar, a uno de monjas al parecer. Ahí Lily se aburrió. Por último que fuera para adoptarla o llevarlos a pasear a ella y a Pablo los fines de semana pero no únicamente para tener la facultad de transferirla a otra residencia.

Ilianette estaba bien ahí, había crecido en ese lugar y no había necesitado nunca antes a esa familia imaginaria, así que después de tres años de andar paseándose por el juzgado, decidió quedarse donde estaba o estar disponible para la adopción pero no para el teje y maneje de esos tíos que no conocía.

La muerte de su madre hizo que finalmente Lily se enterara que las mujeres pueden padecer cáncer de útero y que éste puede ser letal. Se enteró también que detrás de su mamá había una familia escondida. Se enteró por último, que su historia carecía de un principio y que lo más probable es que nunca lograra dar con ese prólogo escurridizo. Se enteró, en consecuencia, que debía asumirse en el misterio de una persona que desconoce el inicio de su propia historia.

Crece en un hogar de menores

(Recorrido en crónicas)

SOLANGE, 26 años

Quinta de Tilcoco

CUANDO LA FAMILIA NO ES UN LUGAR SEGURO

(Corazas y escudos)

Solange habla desde la rabia, el rencor y el cariño y la incomprensión. Parece una mujer fría y distante a la que hay que acercarse con cautela para no espantarla, evitando así que muestre los dientes y que te invite desafiante a enfrentársele. Pero la verdad es que Solange es un libro abierto. Una vez que se encuentra en terrenos relativamente seguros no tiene problemas en hablar de su historia, en revelar los miedos, en mostrar con dignidad las cicatrices profundas que le dejó el abandono. Solange invita a escuchar su experiencia desde el lugar más sincero, haciéndose cargo de su vulnerabilidad, de su rebeldía, de las distancias que ha ido poniendo para no sufrir. Se les escapan las palabrotas, los odios, las risas y se emociona honestamente, siempre con cuidado de no hacer de su vida un espectáculo.

Ella fue la primera entrevistada. Coordinamos por teléfono. No sé cuál de las dos estaba más nerviosa, si ella o yo. No sabía qué esperar de la entrevista. Cuando la llamaba, sus palabras eran cortantes, como si dudara en que nos reuniéramos. Finalmente quedamos en juntarnos en la plaza principal de Quinta de Tilcoco. En una esquina, afuera de un local donde venden ropa, accesorios y otras cosas estaba Solange, conversando con el hombre que trabaja en la tienda contigua, justo al frente del único semáforo de toda la comuna. Qué buen punto de referencia, pensé.

Nos acercamos tímidas y me invitó a pasar al local de ropa y accesorios. En una mesa, una frente a la otra nos sentamos, cerquita de un ventilador que hacía justicia al calor infernal de un verano poco compasivo.

Solange no tiene relación alguna con su familia de origen, ni con su mamá, ni su papá, ni ninguno de sus hermanos. A los once años, cuando en el hogar de Limache le dijeron que pronto tenía que ser reubicada, ella pidió muy segura que la derivaran a algún hogar lejos de la V región. Quiso desvincularse totalmente de su pasado. Su deseo era que ningún familiar pudiese contactarla. Que ninguno aunque osara visitarla, pudiera concretarlo.

Para Solange pensar en su familia era lo mismo que pensar en un lugar desprotegido. De las pocas cosas que sabe de sus padres es que ambos crecieron en hogares de menores igual que ella, y que los dos estuvieron en la cárcel. Cuando ellos quisieron volver a tener relación con su hija, Solange tenía siete años y se había construido una coraza imposible de roer. Había tenido tiempo para pensarse sola ante el mundo y creía que si no la habían querido desde un principio no tenían por qué quererla ahora. Que si ella había logrado crecer sin sus cuidados, no tenía por qué necesitarlos.

Estaba al tanto que no era la única viviendo esta situación. Su madre volvió a repetir la historia una y otra vez. Solange sabe que tiene al menos cuatro hermanos

menores. Todos hombres, todos con una misma mamá en común, todos con un inicio similar: abandonados en hospitales para luego vivir de hogar en hogar. Conoció a un par, de hecho con uno coincidieron un tiempo en la Villa, pero jamás lograron entenderse bien. Después él fue adoptado por una familia italiana y se fue a vivir a Europa. Al resto le perdió el rastro. Tampoco se empeñó en que eso no sucediera. Pensaba que además de compartir el abandono, no tenían por qué esmerarse en crear nuevas conexiones.

Entre los dos, siempre le tuvo más bronca a su mamá, quizás de manera injusta. Quizás porque normalmente se nos habla de instinto maternal y vemos en televisión, en la publicidad, en los cuentos infantiles a madres cariñosas y preocupadas. Vemos también que el padre puede desentenderse de su condición de papá y aunque su conducta pueda o no ser condenable, una madre que abandona a sus hijos pasa a ser inmediata y rotundamente una mujer desnaturalizada. Esa es la visión que tenía y mantiene Solange de su mamá. Nunca entendió que una madre dejara botados a sus hijos, que tal como dice ella los haya tratado como si fueran perros, poniéndoles nombre y dándose media vuelta para retornar años después como si nada.

Cuando alguno de sus padres iba a visitarla –muy de vez en cuando- a los hogares de Limache a Solange se le revolvía la guata. Era como si les tuviese alergia, como si sus presencias la enfermaran. No los quería cerca, ni medianamente cerca ni

relativamente lejos. Quería que se perdieran nuevamente, mandarlos exiliados de su corta existencia. ¿Qué era eso de tener hijos, mandarse a cambiar y volver un día como cualquier otro e intentar ser padre o madre? Una patudez, una falta de respeto, un descriterio, pensaba.

De vez en cuando el hogar de Limache gestionaba una salida durante el fin de semana para que Solange estuviese con su madre o su padre a ver si lograban que se afiatará su relación. A ella no le gustaba irse con ellos, le daba lata, le daba pena, le daba miedo. Prefería quedarse con sus compañeras en la residencia, viendo como las demás recibían visitas. Pero a veces no le quedaba otra, era una niña y, donde manda capitán no manda marinero. Recuerda que su madre vivía en Quillota, en el cerro Mayaca, entre puras casitas de madera en un barrio pobre y que ella no conocía a nadie y que le daba susto porque sentía que era un lugar peligroso. Se acuerda bien que una navidad se vio obligada a pasarla con ella y no soportó más, se sintió fuera de lugar y se escapó. Tomó una micro que pensó que le servía –y menos mal le sirvió- y llegó de vuelta al hogar. Tenía aproximadamente ocho años. Ahí les explicó a los funcionarios que ella no quería ir más a la casa de su madre, ni salir con su padre, es más, ojalá no tuviese que verlos nunca. De ahí en adelante las pocas veces que estuvo con alguno de ellos fue dentro de la residencia, su sitio seguro y no por allá en los cerros donde se asomaban caras desconocidas a hablarle como si la conocieran de toda la vida.

QUIEN TE QUIERE TE APORREA

(Dichos que solo dañan)

Por afuera del local de ropa y accesorios donde estamos Solange y yo pasan dos carros funébrs. Solange mira la calle, se pregunta quiénes habrán muerto. Afuera medio Quinta de Tilcoco avanza a pie o en auto detrás de la estela de flores. Se empieza a reír, dice que la gente de aquí aprovecha estas instancias para encontrarse y hacer vida social. Apunta a dos señoras que van tranquilamente caminando con la multitud y agrega “quizás desde cuándo no se ven, si mira, van muertas de la risa poniéndose al día”. Solange me explica que como la comuna es pequeña todo el mundo se conoce y opera de lo más bien la regla pueblo chico, infierno grande. Aunque también tiene su lado positivo: es más seguro y tranquilo. De pronto alguien cierra la cortina metálica de la tienda. El hombre de la casa de al lado en un acto de respeto nos deja encerradas mientras las personas lloran a sus muertos o conversan cuchicheando. A los cinco minutos vuelve a asomarse y a levantar la reja. Solange le agradece desde su asiento y seguimos conversando.

Como todos se conocen Solange dice que la gente suele reconocer a las niñas ya crecidas del hogar. Explica que de vez en cuando se le acercan personas desconocidas a decirle que se acuerdan de ella cuando era chica porque a veces le iban a dejar dulces o ropa y que qué bueno que esté bien. Solange sonrío, agradece

y usa frases hechas que repite sistemáticamente. A veces le dan ganas de sacarse el estigma de niña que se crió en el sistema residencial, pero sabe que en el fondo esa gente solo le habla con buenas intenciones.

Para Solange haber vivido siempre en hogares de menores es un hecho que la marca profundamente. Dice que es muy distinto a vivir en familia y que claramente vivir con otros niños que también han tenido vidas difíciles hace que te pares de otro modo frente a la vida. No fue fácil, admite. Antes de llegar a la Villa, estuvo en tres hogares distintos. Recuerda haber estado a cargo de funcionarias faltas de paciencia que respondían violentamente. Dice que no siempre las tías actúan de la mejor forma. Que muchas veces ni siquiera son personas capacitadas. Explica que las personas a cargo exigen que se le haga caso y –comúnmente- no todos los niños obedecen, entonces ahí aparecen los coscachos, las cachetadas o incluso los combos en la guata. Hacer pataleta normalmente era sinónimo de tener algún castigo, entonces no era raro recibir un palmetazo bien puesto o permanecer encerrada en una pieza.

Recuerda, por ejemplo, claramente un episodio en el hogar de Quillota. Solange sub diez estaba sentada en la mesa del comedor. Frente a ella la bandeja con comida. En el plato de fondo, pollo y agregado. Solange odiaba el pollo, no podía tragarlo, entonces decidió no comérselo. Se acercó una funcionaria y dictaminó: “cómete el pollo”. Como Solange fue contestadora desde chica, se negó y se negó.

Por su parte, la funcionaria insistió y volvió a insistir hasta que se fue encolerizando y una vez perdida la paciencia, agarró el trutro, lo metió adentro del plato del postre y dio vuelta encima la ensalada. Después de eso, le exigió a Solange que se lo comiera. La niña, más terca, humillada y enojada volvió a negarse y le respondió mirándola fijamente que si acaso creía que ella era un perro. La mujer, que estaba completamente indignada, la agarró, la llevó al patio, la puso contra la pared y le empezó a pegar, al mismo tiempo en que Solange se cubría con los brazos la cabeza. Luego vino el castigo: un fin de semana encerrada en una pieza. La pieza tenía camarotes y baño e iban sus compañeras a dejarle comida, pero estaba estrictamente prohibido que saliera de ahí hasta nuevo aviso.

Solange dice que es más complicado para los niños que como ella, no tienen familia, porque no hay padres o madres a quien decirles que los están maltratando, por lo mismo aprendió a defenderse, a acusar y a no tolerar que la violentaran. Decía que si le pegaban iba a contarles a los funcionarios del Sename. Cree que ingeniárselas y responder de vuelta hizo que no le pegaran tanto como a sus compañeras.

Según Solange, en la Villa ocurrían menos este tipo de agresiones, pero de que pasaban, pasaban. Se acuerda que cuando recién había llegado a la Villa una funcionaria se enojó con ella y alzó la mano para pegarle. Solange la paró en seco y le pegó de vuelta, para luego salir corriendo rápidamente donde el Padre Alcestea

contarle lo ocurrido. Le dijo clarito a ese hombre querendón y severo que a ella nadie le iba a pegar. El padre habló con las dos y se solucionó el problema.

Como un giro dramático e inesperado, Solange confiesa que a veces le gustaba que le pegaran o la retaran. Por una parte, estaba acostumbrada al mechoneo o al enojo de las tías. Por otro lado, sabía bien que sus actos tenían consecuencias, por lo tanto, a veces decidía desobedecer, para que detrasito se asomara la llamada de atención. Y es que Solange me explica que el castigo o el tirón de orejas era una especie de prueba para ella, algo así como un indicador que le mostraba que alguien se detenía para ver que ella estaba ahí, aunque fuera para retarla. Estaba ahí y alguien lo notaba y supuestamente a alguien le importaba su comportamiento y es por eso que el castigo la tranquilizaba. La mandaban a la pieza y ella partía satisfecha a meterse a la cama y a enchufarse los audífonos, feliz de saber que no estaba a las espaldas de todo el mundo, que de hecho alguien estaba pendiente y dedicaba tiempo para corregirla o simplemente reprenderla.

Se acuerda de otros acontecimientos, todos más o menos parecidos, donde no siempre ella hacía de protagonista. A través de su experiencia asegura que en los hogares de menores hay violencia y agresiones. Quizá -piensa- no tan cruda, no tan terrible, pero que hay que tomar en cuenta y ser consciente de que se trata de niños versus adultos, es decir, de una relación bastante vertical. Y agrega, un poco seria, un poco riéndose, que su método para sentirse más escuchada, más considerada o

menos sola podría ser, probablemente, bien cuestionable. Solange se conoce. Sabe, en el fondo, que su personalidad fuerte esconde temores y otras carencias.

ENCONTRARSE EN OTROS

(Saber cómo es el cuento)

Solange empezó a trabajar desde que iba en el colegio. Cuando iba en tercero medio en la residencia le ofrecieron ser asistente de los niños más pequeños de la Villa en horario nocturno. Esto significaba cuidar a un grupo de menores que tenían entre tres y seis años. Antes de aceptar la propuesta, preguntó qué se supone que debía hacer: dormir en la casa donde alojaban los niños, levantarlos durante la mañana, cambiar a los niños que se habían hecho pipí, dejarlos listos e impecables y luego salir de la casa un rato a jugar a la plaza con ellos. El trato era que Solange cumpliera con hacer bien lo anteriormente detallado y, a cambio, ellos le pagarían un sueldo. Ella aceptó a pesar de que sabía que todos estos movimientos que hacían en la Villa los realizaban a espaldas del Sename, le pagaban calladitos, como dice ella, pero su paga era menor a la de las demás mujeres que venían de afuera a cuidar a los niños. Eso a Solange no le importaba, era plata que no tenía, así que no había mucho que perder.

Empezó a trabajar y le gustó. Entabló buenas relaciones con los niños rápidamente. Rápidamente también se encariñó. Ella había sido como ellos. Sentía que compartían -involuntariamente- la experiencia de crecer lejos de sus familias o simplemente sin ella. Cualquier niño o niña que está en el sistema residencial entra

ahí con una orden de un juez, quien dictamina que en su casa o con sus padres no puede vivir porque eso atenta contra su seguridad y buen desarrollo. Entonces todos esos niños a los que Solange cuidaba habían vivido en malas condiciones antes, o al menos la mayoría. En sus prontuarios de vida de niños pequeños ya existían marcas de abandono o maltrato o abuso o negligencia y que posiblemente esas marcas las llevarían para siempre, así como ella que con curtidors 18 años, las seguía arrastrando.

Era fácil identificarse con ellos. Para Solange todos eran un espejo de lo que había sido ella hace algún tiempo atrás. Entonces quería cuidarlos en serio, más allá del trabajo, quería protegerlos y hacerles la vida más alegre. Quería que no tuvieran tantas trancas como ella y tantos afectos rotos.

En los hogares los niños desde que son muy pequeños son autosuficientes. Las tías no están para amarrarles a todos los zapatos, no alcanzan, no pueden detenerse en las necesidades de cada uno, entonces es posible ver a niños que con suerte caminan, tratando de anudarse los cordones.

Mirándolos se encontraba a sí misma, años atrás, en piezas con muchos otros como ellos, intentando ponerse los calcetines o lavándose los dientes. Por eso le gustaba asistirlos, hacerles juegos o calmarles las pataletas o el llanto.

Solange trabajó todo ese año y luego dejó de hacerlo por un tiempo hasta que durante el 2010, cuando ya tenía 22, volvió a desempeñarse como “tía” dentro de la Villa. Esasegunda vez sí que se encariñó. Hace poco había llegado Diego, un niño de tres años, bajito y flaco que se andaba acurrucando debajo de sus brazos como un cachorro que busca leche. Diego llegó por maltrato, Solange lo sabía. Y ella se permitió quererlo y acogerlo entre sus cariños. Es por eso que Solange antes de dejar ese trabajo se puso como meta encontrarle una familia a Diego, una familia que lo cuidara y lo protegiera y que jamás le levantara la mano más que para hacerle cariño. Su objetivo se convirtió en lograr sacarlo pronto de ahí. Que no pasara el tiempo, creciera mucho y terminara pareciendo un mal candidato para ser adoptado. Que no pasara tanto para que él se acostumbrara a vivir sin padres. Que no pasara mucho rato para que a los 22 no tuviese el alma tan zamarreada.

Solange sabía que Diego estaba al final de la lista de niños para ser adoptados. Había niños más grandes que él que tenían prioridad. Diego aún era pequeño y tenía varios años por crecer. Solange creía que si de irse con alguna familia-a juzgar por la lista de espera- tendría al menos diez años. Ella no quería que pasara toda su infancia ahí. Estaba decidida a hacer algo así que en cuanto supo que había un matrimonio de San Vicente de Tagua Tagua rondando, se acercó a la psicóloga –con quien tenía una muy buena relación- y le pidió que le ayudara. Que juntas idearan algo para que el matrimonio adoptara a Diego.

De tanto insistirle la profesional tranzó y le dijo a Solange que arreglara al niño, que lo dejara peinadito y perfumado. Llegó la pareja y la especialista los guió hasta el párvulo, luego dio un paso a un costado, al tiempo en que ante ellos aparecía Diego. Ahí se acercó Solange a conversarles. A contarles que Diego no tenía papás y que era tan cariñoso. Como el niño era querendón y tierno, el matrimonio cayó rendido a sus pies. Solange los llevó hasta la oficina y los funcionarios no tuvieron más alternativa que aceptar que adoptaran a Diego.

Después el personal administrativo de la Villa, a puerta cerrada, le llamó la atención. Solange se lavó las manos diciendo que la pareja llegó sin querer hasta el párvulo y ahí vieron a Diego jugando y que cuando el matrimonio le preguntó por él a ella no le quedó más alternativa que contarle que era un niño muy amoroso y que no tenía contacto con su familia. Los funcionarios no pudieron hacer nada y Solange los hizo pillos, como antaño, como cuando era chica y se andaba escapando del hogar o cautivándolos con su personalidad insolente y su sonrisa contagiosa.

Después de eso, quedó tranquila y feliz. Diego se fue a vivir a San Vicente de Tagua Tagua y ella dejó de trabajar asistiendo a los niños. Lo vio algunas veces después cuando sus padres lo llevaban hasta la Villa para visitarla. Desde que dejó el hogar que no lo ha vuelto ver. Lo más probable es que no se vean más a menos de que las casualidades los vuelvan a juntar. Solange calcula la edad que debe tener

Diego ahora. Ocho, supone. Debe estar grande, se imagina. Debe estar bien, dice mientras agrega que los niños adoptados se van con las mejores familias y que jamás nunca les falta nada.

A pesar de eso, de la victoria que consiguió con Diego, da la felicidad que le produce recordarlo y saber que está mejor, no le basta para olvidar que en el hogar a pesar de que hayan tías preocupadas y que entre los niños se lleven bien, al final del día, las residencias de menores nunca son un lugar donde uno pueda asentarse, porque mientras más creces se hace más evidente que se acerca la adultez y con eso, el fin de la vida en el sistema residencial y el comienzo de un porvenir nebuloso.

Tampoco puede olvidar que hay otras asistentes que se van rápidamente a las manos o que se aprovechan de su posición. Y que los niños tienen estremecidas las certidumbres. Y que finalmente la gloria de Diego es un caso que se da a veces. El resto del tiempo, pasan Solanges que crecen teniendo la esperanza de pertenecer a algún lugar, pero que tienen también esa certeza ingrata de pensar –aunque así no lo quieran- que el futuro que se les viene después de la residencia, no promete un círculo de contención.

ANDREA, **23 años**

Quinta de Tilcoco

EL BALANCE

(Las niñas no tienen la culpa)

El terreno de la Villa Padre Alceste Piergiovanni es grande y cuenta con un colegio llamado La Primavera que abarca 150 matrículas desde pre kínder hasta quinto básico. Ahí estudian los niños de la residencia al igual que otros menores de Quinta de Tilcoco, ya que el establecimiento está abierto a la comunidad. Lo anterior, para que los niños del hogar no estén aislados, para que vivir en una residencia no se convierta en una especie de realidad paralela. Después de quinto básico los niños asisten a los colegios y liceos de la comuna. Aprenden a irse solos, sin tías que los vigilen. Tienen una rutina: se levantan siempre a la misma hora, desayunan y parten apiñados a estudiar.

Andrea cuenta que cuesta adaptarse, sobre todo al principio porque los compañeros que no viven en el hogar a veces las discriminan. Pelean por cualquier cosa y de la nada aparecen las frases del tipo “ahí están las huachas”, “ni sus papás las quieren”. A Andrea le daba pena escuchar esos comentarios, la herían en lo más profundo pero eran varias las niñas del hogar y entre todas se protegían. Si adentro de la residencia tenían o no problemas entre ellas era otra cosa, pero afuera del hogar eran una hermandad y actuaban en bloque. Si eran ocho y a una la molestaban, salían las ocho listas para poner las cosas en su lugar. Se concentraban

y se defendían de esas palabras hirientes. Hacían entre ellas un murallón de oídos sordos.

De a poco Andrea se fue sintiendo menos culpable de la situación. Al principio simplemente no entendía por qué y creía que ella misma -en parte- era responsable de ser una niña abandonada, todo esto cuando se le venían encima esas agresiones verbales a estremecerle los miedos y los dolores. Pero ahí estaban sus amigas de residencia, atrincheradas ante tanta opinión ignorante e inconsciente. Preferían no decirles a las tías del hogar, quedarse calladas, cómplices de una discriminación que pensaban comprender sólo entre ellas. Al pasar el tiempo, el resto del curso iba entendiendo, conociéndolas y dejaban de meter los dedos en las heridas ajenas. Con el pasar del tiempo las tías también se iban enterando y les recalaban que jamás eran las niñas las culpables de vivir sin sus familias.

Andrea piensa que sus compañeros de colegio a veces sentían un poco de envidia. En el hogar tenían de todo: comida, útiles de aseo, implementos para estudiar, ropa, casa calentita. Ellos en cambio, muchas veces venían de familias pobres que andaban al tres y al cuatro. No era raro entonces que las niñas del hogar, por ejemplo, llevaran los materiales para hacer los trabajos grupales o anduvieran compartiendo sus colaciones. A veces los niños del colegio les decían que les gustaría vivir en el hogar, mientras que las niñas de la Villa deseaban vivir en una casa con una familia propia, como la de ellos. Andrea, así como también Solange y

otras niñas de la residencia, se cuestionaban quiénes eran los afortunados, qué era más importante: vivir bien, con todas sus necesidades cubiertas o tener una familia presente. Los ojos se le llenan de lágrimas a Andrea al buscar respuestas para esa pregunta. Llama a Martín, su hijo de dos años que anda corriendo incansablemente por toda la plaza de Quinta de Tilcoco. Lo busca para calmarse, para sacarse las incomodidades y las penas y cambiarlas por los juegos de su hijo.

Andrea se repone, pide perdón por emocionarse, ve como Martín se tira al pasto, se sube a una banca, se cae, se escapa coqueto mientras nos mira. Prosigue. Dice que ella cree que lo mejor que pudo haberle pasado, dentro de todo, es haber terminado en la Villa. Andrea explica que su experiencia en el hogar no tiene palabras porque hubo tías que la ayudaron mucho. Que ahora, mirando hacia atrás, entiende mejor los retos cuando llegaba con malas notas o se portaba mal. Que al final que las retaran era una señal de preocupación, que ella prefería mil veces que le llamaran la atención antes de pensar que a nadie le importaba. Andrea cree que las tías podrían haber dicho “bueno, está en el hogar y para qué la vamos a retar si no nos importa”, por eso mismo piensa también que al ser corregida, las tías demostraban que querían que ella y sus amigas de residencia fueran convirtiéndose en personas responsables y autónomas.

Andrea, mitad triste mitad resignada, dice que la criaron con cariño, que tiene buenos recuerdos y que sinceramente no sabe qué hubiera pasado con ella y sus

hermanos si no hubieran vivido en la Villa. Vuelve a mencionar que la mayoría de los padres de las personas que viven en la residencia tiene problemas con el trago o con las drogas, igual que su padre alcohólico, y que un padre alcohólico con cuatro cabros chicos parece un cuento con un final predecible y desalentador.

DOS INTENTOS FALLIDOS

(Toda una vida en el hogar)

Cuando Andrea tenía cuatro años aparecieron dos familias interesadas en adoptar a los niños. La idea era que cada familia adoptara a dos de los cuatro hermanos para que se acompañaran y no se deshiciera por completo el vínculo que existía entre ellos. Andrea no se acuerda bien cómo fueron las cosas, era muy pequeña, solo sabe que ellos estaban al tanto, y que su hermana y sus dos hermanos mayores estaban dispuestos a irse del país.

De su madre no sabían nada desde que se fue. Su padre y su abuela iban a veces a visitarlos a la Villa pero más allá de eso, no pasaba nada. Todos pensaban entonces que las adopciones podrían realizarse sin problema. Que finalmente esta oportunidad que se presentaba era el mejor escenario posible para los niños. Las dos parejas italianas viajaron a Chile, fueron al hogar, hicieron el papeleo necesario, apoyados en la esperanza de hacer familia y confiando que el proceso tendría un final feliz. Lo único principal que estaba faltando era la autorización de la familia de origen. Como la abuela y el padre no se habían desligado por completo de los niños, era necesaria la aprobación de la abuela para dejar a los cuatro hermanos libres y dispuestos para ser adoptados. La mujer se negó. No dio su firma. El proceso se cerró. Los funcionarios de la residencia se quedaron con las

manos atadas. Las parejas italianas volvieron a su país más solos que antes. Los niños continuaron inevitablemente en el hogar.

Andrea está sentada en una banca junto a mí. Mirando de lejos a Martín se le caen un par de lágrimas. Le apena que su abuela no haya pensado en lo mejor para ellos. Le frustra que haya sido egoísta, que se haya negado así, sin más. La mujer vivía junto a su papá y ayudaba a cuidar a sus nietos cuando aún no ingresaban al hogar. Luego, iba a visitarlos a veces a la residencia pero Andrea sabe que su abuela no podía hacerse cargo de los cuatro, por lo tanto, le duele que esa negativa haya sido articulada desde el egoísmo o el optimismo cojo de pensar que las cosas podrían ser de otra forma. Le duele pensar que ella podría haber crecido entre los cuidados de unos padres que sí querían serlo. Que lo ansiabantanto que cruzaron medio mundo a ver si es que lograban salir victoriosos de un proceso que solo podía prometer un ‘tal vez’.

Pasaron los años dentro del hogar y los hermanos de Andrea fueron trasladados a la Casa de Pre-egresados de Gorbea. Esta casa había sido instaurada en 1987 para que los hombres, solo los hombres, de la Fundación Instituto Chileno de Colonias y Campamentos, que no habían vuelto a sus familias de origen y que tampoco habían sido adoptados, vivieran ahí a partir de los doce años. En esa casa vivían y también recibían educación técnica que les fuera útil para su futuro. Gorbea quedaba ubicada en Santiago, quedaba porque durante el 2014 la casa debió ser

cerrada por falta de recursos. Ahora la Villa, al igual que antes, está habilitada solo para acoger a hombres menores de doce años. Esto, porque la residencia cuenta con mucha población y porque además, según Francisco Vega, director de la fundación, se hace muy complejo y riesgoso tener en el mismo lugar viviendo a mujeres y hombres preadolescentes y adolescentes.

Quedaron, por lo tanto, solo las dos niñas viviendo en la residencia: Andrea y su hermana. Siempre habían tenido una muy buena relación. Solo tenían un año de diferencia y desde pequeñas habían sido grandes amigas. Nuevamente surgía para ellas la posibilidad de dejar el hogar y vivir en familia. Los funcionarios de la Villa encontraron a una tía consanguínea y vieron que por ahí podía haber una salida. Se pusieron en contacto y el equipo profesional de la residencia evaluó a la mujer. Por otro parte, se preparó con un psicólogo a las menores, quienes en ese entonces tenían diez y once años. El especialista dictaminó que no había grandes conflictos, que todo indicaba que podrían vivir tranquilamente, por allá, con la tía desconocida, fuera del hogar.

Andrea y su hermana estuvieron viviendo con ella un tiempo de prueba. La tía padecía de sordera y gritaba todo el día. Ellas pensaban que no dejaba de retarlas, que en vez de hablarles les gritoneaba y que en el fondo, no quería tenerlas ahí. Por otro lado, en la casa vivían los tres hijos de la mujer y una nieta. Eran siete y parecía multitud. Alcanzaron a estar dos meses solamente y volvieron al hogar. No

se sentían cómodas ni bienvenidas. No pudieron adaptarse ni sentirse en casa, así que regresaron al viejo lugar donde habían estado viviendo hace años.

La política actual de los hogares de menores en Chile es intentar que los niños vivan ahí el menor tiempo posible. Que finalmente la estadía en las residencias sea transitoria y que puedan pronto volver a vivir en familia. En el caso de que exista la posibilidad de que los niños retornen a sus familias de origen se trabaja en ese sentido. Se evalúa la situación económica y también las condiciones en las que podrían encontrarse viviendo en ese lugar. Si la familia nuclear, es decir, padre, madre no es una opción, se amplía el espectro, se buscan otras alternativas como tíos o abuelos. Además, se pueden buscar soluciones a través de la adopción. Esto, porque diversos estudios demuestran que los niños que pueden formar lazos significativos con adultos desarrollan mayor confianza en sí mismos y con la gente que los rodea. De ahí, la importancia de tener una red de apoyo que proteja y acoja a los menores. De ahí los esfuerzos de abolir el sistema residencial como lo conocemos hoy y cambiarlo por familias sustitutas.

En la Villa también cuentan con esta visión, sin embargo, existen muchos casos donde estas iniciativas no pueden terminar de concretarse. Donde a pesar de intentar reinsertar a los niños a sus familias de origen o a otras familias, éstos terminan igualmente creciendo y desarrollándose al interior de la residencia. Con dos intentos fallidos y 16 años viviendo en un hogar de menores a costas,

podemos decir que Andrea es un ejemplo más, de una niña criada y crecida dentro del sistema residencial chileno.

EL DESAMPARO DE SABERSE SOLA

(De angustias y soledades)

La vida de Andrea y su hermana siguió andando dentro de la residencia como de costumbre, hasta que de pronto un suceso cambió la vida de las dos. Se acuerda que llegó una tarde del colegio y recibió una llamada telefónica. Era el sobrino de la cocinera del hogar a la que con cariño llamaban Mami Berta. Él iba de vez en cuando a la Villa es por eso que a Andrea no le extrañaba que estuviera llamándola, más aún considerando que él siempre estuvo enamorado de su hermana. El llamado telefónico la dejó congelada, tratando de unir las piezas de un extraño puzle que seguramente le rompería la cabeza. Él la estaba contactando para contarle, en resumen, que ella sería tía y él padre. Andrea no entendía nada, no sabía que su hermana estaba con él, mucho menos que estaba embarazada. Recuerda que fue una funcionaria de la Villa y conversó con las dos. Le trató de explicar a Andrea la situación y le dijo –dentro de otras cosas- que su hermana iba a tener que irse de la residencia.

No todos los hogares de menores están implementados para tener a niñas embarazadas. Francisco Vega explica que necesitan otros cuidados, por lo tanto, sólo algunas residencias están habilitadas para acoger a menores que serán madres. La Villa Padre AlcestePiergiovanni no cuenta con esas herramientas, es por esa

razón que cuando alguna menor queda embarazada ahí, deben trasladarla a otro centro. Habían dos posibles caminos para la hermana de Andrea y ninguno conducía a quedarse donde ya estaba. El sobrino de la cocinera tenía 25 años, ella 16 y tres meses de gestación. La primera alternativa era ser trasladada a otra residencia pero para eso, debía demandar al hombre debido a que era mayor de edad y ella no. La segunda opción era aceptar el ofrecimiento que éste le había dado e irse a vivir con él. Ella optó por el segundo e irregular recorrido y en el hogar permitieron que su egreso fuera de esa forma.

Para Andrea la noticia del embarazo fue un disparo a quemarropa. Estaba paralizada. No paraba de llorar. No por la guagua en camino o por la adolescencia interrumpida de su hermana, sino por las medidas colaterales. La relación que tenían entre ellas era la relación más importante que había tenido con alguien en toda su vida y saber que su hermana se tenía que ir la dejaba bloqueada, anulada, completamente desolada. Sentía que éste era el segundo gran abandono que marcaría su infancia, es por eso que la angustia se le iba esparciendo por el cuerpo. Hasta la residencia –lugar donde había vivido siempre- se le hacía un sitio desconocido y eriazo. Andrea explica que fue como si una segunda mamá-hermana la dejara otra vez. Se derrumbó completamente azotada por las réplicas de un terremoto que dejaba sus fachadas en el suelo.

La hermana de Andrea se quedó un par de meses en Quinta de Tilcoco y luego se fue a vivir con el sobrino de Mami Berta al Cajón del Maipo. Fue ahí cuando realmente Andrea se sintió a la deriva. Pensaba que estaba sola en el mundo, se preguntaba qué sería de ella después. Se le nubló la vida y las expectativas. Sus dos hermanos estaban en Santiago, su papá trabajando y llegando borracho a la casa, su hermana de madre y esposa lejos de la Villa. Creyó que no se la podía y con eso llegaron los problemas.

Andrea hacía la cimarra, llegaba al colegio y no entraba. Al igual que su padre se puso a tomar con amigos o sola, no importaba. Probó la marihuana y empezó a mezclar alcohol y drogas. Sus notas bajaron y no tenía ánimo para hacer nada. Dejó de comer. Comenzó a desarrollar desórdenes alimentarios. Llegaba al hogar después del colegio disimuladamente ebria y trataba de pasar desapercibida. Quería desaparecer.

Las cosas continuaron así hasta que una compañera del hogar se dio cuenta y dio la señal de alerta a los funcionarios. Pasó un par de meses con licencia, sin ir al colegio, tomando medicamentos que hicieran que le diera hambre y dejara de bajar de peso. La llevaron al psicólogo de la posta y estuvo en terapia durante dos años. Andrea se sentía desamparada ante una soledad que creía que le perseguía y que ella nunca había buscado.

MARILYN, **23 años**

Quinta de Tilcoco

EL DON DE NO DEJARSE VER

(Monosílabos y escondites)

A Marilyn no se le hacen fáciles los cambios grandes. Se acuerda lejanamente que cuando era pequeña y llegó al hogar estar callada se le hizo un hábito. Andaba tranquila, tímida, silenciosa tratando de no llamar la atención. Se le hacía extraño pasar de vivir en una casa con sus padres a entender que su mamá se había ido y que ahora, su casa era un lugar lleno de niños que no conocía. En la residencia se reencontró con las parvularias de su antiguo jardín infantil al que asistía cuando aún vivía en familia. Las tías no reconocían su comportamiento dócil, la recordaban traviesa, saltando, jugando, haciendo maldades. Acá, por el contrario, se mezclaba entre sus hermanos y los demás compañeros y casi no se notaba.

Después de un tiempo se adaptó y se fue relajando pero siempre mostrándose como una niña respetuosa y obediente hasta que llegó el encuentro con su madre, después de años de no verla y junto con eso llegaron las expectativas y las ilusiones. Ilusiones que se le vinieron rápidamente abajo cuando a los pocos días supo que su mamá había muerto y con ella, cualquier posibilidad de pensar un futuro juntas. Luego de eso, Marilyn se fue yendo hacia adentro y es que antes de que todo esto sucediera ella creía que un día, por muchos años que hubiesen

pasado, su madre podía volver a buscarlos. Ella mantenía esa esperanza guardada y vivía sin descartarla.

Una vez que su madre visitó el hogar, esa esperanza se volvió más real. Entonces sus ganas se reforzaron: su madre existía y los había ido a ver, había dicho que volvería, podría volver, pensaba ella. Hasta que la muerte vino a darle un portazo a todas esas esperanzas de niña, y el deseo de ser contenida por el cariño maternal se transformó ahora en una pena que no sabía cómo llevar auestas. De nuevo el silencio. De nuevo una boquita infantil reservada solo para responder monosílabos. De nuevo ese don suyo de no dejarse ver, de no permitirse aparecer, de ocultarse debajo de los juegos de los otros niños.

Marilyn recuerda que dejó de bailar y de cantar por bastante tiempo. No había motivos para hacerlo. También dejó de participar en las actividades que celebraba el hogar para esas fechas consumistas y también sensibles como el día del padre o de la madre. Se acuerda que usaba esa facilidad que había desarrollado de pasar desapercibida y se escondía y se ponía a llorar mientras otros celebraban. Todo, después de la muerte de su madre se volvió más complejo, por ejemplo, recuerda que en el colegio hacían cartas para las tías durante esas festividades, entendiendo a esas mujeres como sus cuidadoras, como madres postizas, pero ella se negaba. No quería hacerle regalos a nadie así que ahí se quedaba, con sus hojas en

blanco. La tristeza la dejó estancada durante mucho tiempo y aunque esa pena tan grande la marcó para siempre, de a poco, se fue recuperando.

Marilyn, ahora mujer crecida y madre, puede mirar hacia atrás y reconocer los beneficios de haber crecido en la Villa. Tiene recuerdos de su primera infancia, en su casa en Rengo junto a sus padres y sus hermanos. Recuerda el frío, a veces el hambre, la cara ingrata del invierno en un hogar donde el sustento se basaba en los meses de cosecha, en las manos trabajadoras de su padre temporero. Recuerda las peleas embriagadas de sus padres. La frustración de ellos de no saber si podrían mantener a sus cuatro hijos. El espiral traicionero de un hogar donde se respiraba la mala curadera. Entonces decide que haber crecido en un hogar fue –en cierto modo- una salida, al menos para ella.

En la residencia había comida, había techo, había horarios, y aunque el cariño familiar se hacía esquivo, tenía ese otro cariño, el de las tías que a veces perdían la paciencia y repartían tirones de oreja pero que también compartían abrazos. También estaba la amistad solidaria de las niñas de la residencia que como ella, se abrigaban en el compañerismo de entender que no tenían por qué estar solas. Amistades que conserva hasta el día de hoy, comprendiendo incluso los cambios de la vida.

NADA QUE PERDER

(Nada que ganar)

Marilyn pasó desde los seis hasta los 17 años viviendo en la Villa. Cuando ya la idea de tener una familia se veía muy lejana, en el hogar le dijeron que había un matrimonio italiano interesado en adoptar a una niña. Los italianos viajaron, eran mayores los dos, pero tal como indica la ley de adopción chilena, tenían menos de sesenta años, por lo tanto, aún podían convertirse en padres. Marilyn estaba nerviosa pero le entusiasmaba la idea de irse del hogar siendo integrante de una familia que la acogiera como una más. Los italianos viajaron a Chile, específicamente a Quinta de Tilcoco para conocerla. Estuvieron viviendo ahí un mes para ver si lograban congeniar. No fue fácil, dice Marilyn, porque desde un principio sintió que la mujer no se sentía cómoda con su compañía, pero eso no frenó a ninguno de los tres y decidieron irse a Italia y ver qué pasaba.

Marilyn estaba nerviosa, recuerda que Bárbara, su mejor amiga de la residencia que ya había sido adoptada, le preguntaba si estaba segura, le decía que no se fuera si no se sentía a gusto, pero ella ya había tomado la decisión de probar al menos, de intentarlo, por último, de fallar. Pensaba que no tenía nada que perder, que su futuro en Chile no le prometía siquiera media certeza. Desde que ella había entrado a enseñanza media, tenía claro que terminando el colegio debía irse y lo más

probable es que el único lugar a donde pudiese llegar sería a la casa de su padre, con quien con suerte había vivido sus primeros años. Con todos esos antecedentes, creía justo arriesgarse y eso hizo. Bárbara fue a despedirse al hotel donde alojaba Marilyn antes de ir al aeropuerto. Bárbara recuerda que los italianos ni siquiera la saludaron. Le volvió a repetir a su amiga que podía decir que no en cualquier momento y volver. Le deseó suerte y la vio irse.

Allá la situación con la mujer no cambió. El hombre era amable y atento con Marilyn, realmente se esforzaba pero su esposa, en cambio, era hostil y todo parecía molestarle. Marilyn no entendía, no sabía qué hacer para agradarle. No estaba acostumbrada a ser ella misma un problema. Siempre se adaptaba bien y su comportamiento nunca antes había sido un tema de atención. Se cuestionaba entonces qué estaba haciendo mal si obedecía en todo y respetaba los espacios ajenos. Se preguntaba cómo debía ser para que la mujer dejara de corregirla o de retarla. Ni siquiera tuvo tiempo de pensarse en otro país, de saber si extrañaba Chile, de intentar asentarse. Todos sus esfuerzos estaban puestos en no molestar a esa italiana que había viajado hasta un pueblito por allá por el sur del mundo a buscarla, solo para hacerla sentir fuera de lugar.

Marilyn comenzó a entenderlo. La mujer no la veía como una hija, ni siquiera como una niña. La mujer la veía como otra mujer en su casa, viviendo junto a su marido. Nunca lo dijo, pero estaba celosa y bien lejos de querer ser su madre.

Marilyn no aguantó más. Habló con las personas italianas encargadas de hacer el vínculo con los funcionarios de la Villa y les dijo que no podía seguir ahí. No importó cuánto tratara el hombre de hacerla sentir bien. Tampoco el destino incierto que la esperaba en Chile. En menos de un mes Marilyn estaba de vuelta en el hogar, con el entusiasmo quebrado y las esperanzas en la mano.

BÁRBARA, 24años

Santiago

ELLA QUIERE SER HIJA

(Ronda madre tentativa)

Una mujer quiere adoptar un hijo. Su pareja ha muerto y desde ahí que no ha vuelto a tener una relación con otro hombre, pero de algo está segura, quiere ser madre. La mujer intenta adoptar a un niño o una niña pero el sistema le cierra las puertas porque sigue entendiendo a la familia como una institución encabezada por hombre y mujer. La mujer inició en 1991 este proceso que no parece acabar, como si fuera un embarazo eterno e inviable, pero de pronto se asoma una esperanza que le hace pensar que las ganas y el deseo pueden concretarse. Que al fin, después de casi década y media, podrá recibir a un menor para darle el cariño que estuvo anidando todos estos años.

Francisco, director de Instituto Colonias y Campamento, le dijo a Bárbara que se cuidara, que tratara de mejorarse pronto porque era importante que estuviera bien. Ella no entendía cuál era la urgencia de que se le pasara tan rápido la sinusitis. Sabía bien que no se estaba muriendo, estaba acostumbrada a tener complicaciones de salud por sus problemas respiratorios, y esto no era más que un resfrío ingrato. Lo que no sabía Bárbara es que la urgencia se debía a que posiblemente dejaría el hogar. El tío Francisco le dijo entonces que había una mujer interesada en adoptarla. También había un matrimonio italiano con las mismas intenciones.

Sorpresa. Bárbara empezó a vivir en la Villa Padre AlcestePiergiovanni a los diez, de eso ya habían pasado cuatro años y, a pesar de que se había adaptado bien, el fin último de haber llegado a ese lugar era ser adoptada. Finalmente, podía ser que eso estuviera por pasar.

Lo pensó un poco, no demasiado y les dijo a los funcionarios que ella no quería irse a Italia, que le agradecieran a ese matrimonio pero que ella prefería quedarse. Bárbara tenía amigas que había conocido en la misma Villa y que ahora vivían en Italia junto a las familias que las habían adoptado. Ella estaba consciente que sus amigas, en su mayoría, habían tenido buenas experiencias, pero Bárbara no quería alejarse del país, del idioma, de lo que ella misma define como sus raíces. Por lo tanto, se alegró de que –si todo resultaba bien- podría convertirse en la hija de una mujer chilena. No le importó que esa mujer no tuviera un esposo. No le importó, por lo tanto, no tener la imagen de un padre. Había tenido papá y mamá ausentes o mejor dicho no había tenido ni mamá, ni papá. Una madre que la quisiera en serio, valía más que mil imaginarios inventados de familias felices, con madre, con padre, con perro y casa y jardín. Fue en ese momento cuando se inició el camino de conocerse, agradarse, quererse y alinear los planetas, las leyes, los papeles, las autorizaciones y demases.

Los primeros encuentros entre Bárbara y la mujer se tradujeron en llamadas telefónicas. De Santiago a Quinta de Tilcoco viajaban las palabras que iban

construyendo lentamente un “nosotras”. Bárbara le contaba qué cosas le gustaba hacer, cómo le había ido ese día en el colegio, quiénes eran sus amigas. La mujer le hablaba de su casa, de su familia, de lo lindo que sería cuando se conocieran. Después vino la presentación. La mujer fue a visitarla al hogar y las visitas se hicieron cada vez más frecuentes. Se llevaban bien, inmediatamente pudieron congeniar, es por eso que al poco rato Bárbara comenzó a pasar los fines de semana en su departamento en Providencia. La mujer iba a buscarla y luego, el domingo, iba a dejarla a la Villa de árboles centenarios.

A Bárbara le costaba ajustarse al ritmo rápido de Santiago, no entendía por qué todos andaban siempre apurados como atrasados en un tránsito sin fin. Ella estaba acostumbrada a la energía tranquila del campo, a saludarse, a conocer a la señora del kiosko de la esquina. Aquí, comprendió que no pasaba mucho eso y se sentía profundamente provinciana en una ciudad de caras que no se detenían a mirarse. Pero le acomodaba el entusiasmo y el cariño de la mujer. Le gustaba que la mujer quisiera llevarla a distintos lugares de la capital para que ella fuera conociendo diferentes rincones de su posible próxima ciudad. Eso sí, Bárbara no recuerda qué hacía en esos paseos o qué lugares visitó porque estaba tan nerviosa y ansiosa que no pudo retener nada de esos primeros recorridos que hicieron juntas.

Los cambios se presentaron rápido. Para Bárbara y la mujer esta vida que iban armando era totalmente nueva. La mujer estaba tan emocionada que cuando

Bárbara llegó por primera vez al departamento de visita, se encontró con un montón de ropa nueva, toda para ella. En el hogar les daban ropa pero nunca había tenido tanta y toda, toda para ella sola. La mujer le indicó una puerta, la puerta de la pieza donde ella dormiría. Nuevamente sorpresa: no era una pieza de visita cualquiera, estaba pensada para ella. Todo combinaba y era nuevo. La niña no podía creerlo y es que la mujer se había preocupado de preparar un espacio que le perteneciera por completo, decorado, adornado, “perfecto” como dice Bárbara. Ella quería llorar de pura emoción. No terminaba de entender lo que estaba pasando.

Llegó la noche de esa primera visita con quedada a alojar y Bárbara se acostó en la cama nueva de sábanas y cojines también nuevos y estuvo así mucho rato. Estaba intranquila y tenía miedo. Pegada al techo buscaba los sonidos que le faltaban y no terminaba de encontrarlos. El silencio de esa pieza vacía la tenía aterrada y con los ojos bien abiertos. Nunca, en sus catorce años de vida, había dormido sola en una pieza o, al menos, que recuerde. Siempre había dormido con otras niñas: cinco, a veces seis. Acostumbraba a quedarse dormida entre la respiración de una, los ronquidos de otra o la vuelta y vuelta de la más inquieta sobre el colchón. ¿Cómo se duerme en una pieza sola sin sentirse desprotegida? Menos mal a la mujer se le había ocurrido decirle que cualquier cosa fuera a su pieza. Después de meditarlo un rato apareció en el umbral de la puerta, la mujer la miró y la invitó a compartir el

sueño. Así fue por un tiempo. Cada fin de semana que Bárbara iba, dormían juntas hasta que fue queriendo -de a poco- comenzar a gobernar su propio sitio.

OTRA VIDA

(Siendo hija)

El tiempo que tuvo Bárbara y su posible madre para conocerse fue corto. Corría el año 2004 y la ley 19.620 que dicta normas sobre adopción de menores estaba siendo modificada debido a la creación de la ley 19.968 que crea los tribunales de familia. En la Villa querían terminar el proceso de adopción de Bárbara antes de que entraran en vigencia los cambios realizados a la normativa ya que si la adopción se concretaba después, el trámite podía demorarse más de la cuenta. La mujer y Bárbara estaban seguras, no necesitaban más tiempo, de hecho ambas estaban ansiosas. La adopción, para la suerte de las dos -sobre todo de la mujer que llevaba casi quince años tratando de convertirse en madre- prometía ser rápida. Lo anterior, porque cuando Bárbara se fue del hogar de Limache con el objetivo de irse a una residencia donde recibieran a menores que querían ser adoptados, en este caso, la Villa Padre AlcestePiergiovanni, habían dejado los papeles listos. Sus padres desconocidos habían firmado ante el juzgado el documento donde autorizaban la adopción de la niña. Por ese lado, no debía haber problema, pero lo hubo. Desde Quinta de Tilcoco fueron enviados los papeles a Santiago y en el camino, como un terrible evento desafortunado, los documentos se perdieron.

Bárbara y la mujer tuvieron miedo de quedarse con las ganas y las esperanzas y las alegrías encima y que solo fueran eso: ganas y esperanzas de una alegría pasajera. Tuvieron miedo de que se les diluyera el “nosotras”. De que apareciera un familiar, como la tía aprovechadora, en medio de las modificaciones de la ley y dijera que ella no aprobaba que su sobrina se convirtiera en hija de una mujer soltera y mayor. Tuvieron miedo de que esto, lo que habían estado viviendo esos meses, fuera un veranito de San Juan antes de la agonía rotunda del sueño de hacer familia. En el hogar se movieron rápido y finalmente el miedo se fue escurriendo.

Bárbara se despidió de sus amigas y de su pololo. Se despidió de las tías, de los funcionarios, del tío Francisco. Le daba pena dejar la Villa y Quinta de Tilcoco pero estaba feliz porque ahora tenía una mamá que se había comprometido a quererla, cuidarla y protegerla de por vida.

Hola vida nueva

La mujer –ahora madre- organizó una bienvenida para Bárbara. Invitó a todos sus familiares a una comida para que conocieran a la nueva integrante. La pobre Bárbara transpiraba helado y le tiritaban las rodillas. Siempre había sido tímida pero había zafado porque después de un rato se ponía a conversar y se le iba pasando pero ahora los nervios no la dejaban tranquila. Se preguntaba si cumpliría con las expectativas y si la tratarían como una más, en el fondo, si la aceptarían. Le

daba vueltas el piso, sentía que se caía, que le faltaba el aire, que se le iba a salir el corazón por la boca. Pero no fue tan espantoso porque se dio cuenta que todos estaban felices por las dos. Que todos querían hablarle –lo que era bastante agobiante- pero para conocerla mejor y para decirle que estaban contentos de tener una nieta/sobrina/prima nueva. Y se fue dando cuenta que no solo tenía madre, ahora era parte de una familia completa que celebraba con entusiasmo su entrada triunfal.

Bárbara llegó a Santiago durante el segundo semestre del año escolar. Ante la urgencia, su mamá la matriculó en un colegio de la capital que la aceptó a mitad de año sin poner inconvenientes. Bárbara postuló al curso antecesor del que estaba cursando en Quinta de Tilcoco para poder nivelarse. Recuerda que sus compañeros no entendían por qué ella y su madre no compartían apellido y es que aún no habían terminado de concretarse esos trámites. En esas ocasiones ella les explicaba la situación—abiertamente- sin miedo a que eso fuera a parecerles extraño a sus compañeros y, afortunadamente, nunca se sintió discriminada o distinta por eso.

Su permanencia ahí duró solo ese semestre pero no porque no haya podido adecuarse sino porque la madre no estaba tan satisfecha con la exigencia del establecimiento. Al segundo año ingresó entonces Bárbara al Colegio de los Sagrados Corazones, conocido también como las monjas francesas, ubicado en Providencia. A la niña le parecía raro que los cursos no fueran mixtos pero al final

no le importó porque rápidamente hizo buenas migas que mantiene hasta el día de hoy. De hecho, sus mejores amigas además de Marilyn -de la Villa- son sus compañeras de colegio.

Sin apuro y sin problemas Bárbara se fue adaptando. Se aprendió recorridos, siempre muy controlada por esta nueva madre aprensiva y querendona. Se hizo amigas. Estudió lo necesario para tener buenas notas. Se convirtió en una más de la familia. Y según Marilyn –con quien sigue siendo amiga- naturalmente fue dejando atrás el paso pausado que traía del campo. Sin embargo, no dejaba nunca de sorprenderse, de comparar su vida anterior y esta nueva vida que le mostraba cosas distintas. Por ejemplo, cuando llegó a las monjas francesas algunas de sus compañeras comenzaron a cumplir quince años. ¿Qué era eso de ir a una fiesta de quince usando ropa formal? Bárbara no podía creer que esas celebraciones pudiesen ser así, como lo había visto en televisión: con zapatos con taco y vestido, con cóctel, con DJ, con hombres con corbata y terno, es decir, con tanta parafernalia. Pero descubrió que en algunos lugares, lejos de la residencia, eso sí podía ser así.

Para el cumpleaños de Bárbara su mamá quiso hacer una celebración y pidió el salón de eventos del edificio y contrató una banquetera. Ella estaba feliz. Antes, en los hogares donde estuvo siempre celebraban todos los cumpleaños del mes el mismo día, por lo tanto, jamás pensó tener una fiesta como ésa. Más allá de la

producción, éste era el segundo cumpleaños de Bárbara distinto al resto. El año anterior había ido con la mujer, cuando aún estaban conociéndose, a pasarlo las dos solas al mall de Rancagua a comer cochinadas grasientas y a comprar regalos y conversar y pensar en un posible futuro juntas. Ahora el “nosotras” era un hecho. Bárbara no era más una hija de padres abandonadores. La mujer no era más una persona que el sistema insistía en ignorar. Ahora eran madre e hija acomodándose en una vida que habían decidido pasar juntas.

ILIANETTE, 24 años

Santiago

LA MUERTE DEL PADRE

(Se viene el egreso y la necesidad de ser autosuficiente)

Después de la muerte de su madre, Ilianette conoció a su familia materna. Entre medio a su hermano Pablo –tres años menor- le diagnosticaron esquizofrenia, por lo tanto, sus tíos y tías se peleaban la tutela de ella, pero nadie quería responsabilizarse por él. Los tres años que estuvo en contacto con su familia, Lily se dio cuenta que en realidad no quería ser parte de eso. Todos al principio estaban muy pendientes de los niños, pero después del primer mes de la muerte de su mamá, empezaron a llamar cada vez menos y a visitarlos más espaciadamente. En el hogar intentaban mantener el lazo, entonces los niños algunos fines de semana se iban a la casas de sus familiares y en esos encuentros Ilianette terminaba de confirmar lo que ya pensaba: no le acomodaba estar con ellos. Ya tenía más de catorce años y el carácter formado y los valores también, es por eso que no le gustaba el drama que se respiraba en esas casas.

Lily dice que en la Villa normalmente no había problemas, que las cosas funcionaban y que incluso entre las compañeras había buena onda. Allá en cambio las peleas eran recurrentes y ella lo que más quería era sacudirse los conflictos. A los 17 años entonces, decidió que no le interesaba irse a vivir con sus familiares, a pesar de que egresaría sola del hogar ya que su hermano finalmente se fue a la casa

de sus abuelos. Y a pesar también, de no saber qué pasaría con ella una vez cumplida la mayoría de edad.

Lily recuerda que cuando el padre Alceste aún vivía le preguntaba qué planes tenía para el futuro y le aconsejaba que intentase proyectarse. Ilianette en plena adolescencia le respondía que no sabía pero que esperaba estar preparada para salir de la residencia y no sentirse perdida en un mundo que creía no conocer. Ella se acuerda que el cura se culpaba de criarlos en una especie de burbuja que él mismo había armado y es que Lily reconoce que cuando vivía en la residencia se sentía protegida y que normalmente le costaba entender cómo eran las cosas afuera.

Cuando el padre Alceste murió Lily sintió su pérdida profundamente. Para ella el cura había sido su padre, un hombre estricto pero siempre preocupado por todos los niños del hogar. Ella se acuerda que cuando andaba bajoneada él la llamaba y le preguntaba qué la tenía mal. Siempre le sorprendió lo atento que era ya que no solo era así con ella, sino que con todos los menores de la residencia. Recuerda la mañana que murió. Él estaba pronto a cumplir noventa años y los niños llevaban una semana rezando para que mejorara. Fue un día de semana en la mañana, todos estaban arreglándose para ir al colegio cuando les dijeron que debían dirigirse al salón de reuniones. Lily se acuerda del tío Manuel, uno de los funcionarios de la Villa, dando un discurso interminable que no parecía acabar y es que al final de tanta palabra era cuando se oía lo que nadie deseaba escuchar: Alceste Piergiovanni

había muerto. Después del silencio, niños llorando desconsolados en un solo llanto que los unía.

Quinta de Tilcoco se vistió de luto entonces. Se llenaron sus pequeñas calles de pétalos de flores, de autos y de personas que a pie acompañaban al carro fúnebre. Varios niños no entendían y es que a pesar de que Alceste estuviese viejo, les costaba desprenderse de esa imagen que muchas veces funcionó como presencia paterna, como un padre, por lo tanto, lo lloraban con pena y angustia realmente sentidas. Así estaba Lily también. Recuerda cuando el auto que llevaba el ataúd terminó el recorrido y se estacionó en la Villa, el lugar que él había construido. Ahí enterraron sus restos e hicieron placas de homenajes en la municipalidad y los niños vistieron las paredes del pequeño espacio donde habita su cuerpo, con dibujos y cartas de agradecimiento que permanecen pegadas en las murallas hasta hoy. Ilianette dice que dentro de todo fue una linda muerte, recordada, sentida y celebrada y es que para ella y varios más, Piergiovanni había sido mucho más que un fundador de un hogar de niños.

Después de eso, en la residencia las otras tías, los otros funcionarios siguieron preguntándole a Lily qué esperaba hacer en el futuro, cuando la residencia dejara de ser su casa. No era fácil responder a esa pregunta, Ilianette había llegado ahí a los dos a tres años, después de haber sido trasladada de un hogar donde recibían a lactantes. Desde ese momento las opciones que había visto afuera con sus

familiares lejanos solo la habían hecho pensar que donde estaba era feliz. Pero entendía que eventualmente tendría que irse y buscar ella misma un lugar propio donde asentarse.

En la Villa le dijeron que como no tenía contacto con su familia ellos estaban conscientes que no se podía ir de un día para otro, que de eso no se preocupara, no la dejarían en la calle, intentarían darle todas las herramientas posibles para que se sintiera segura al momento de irse. Cuando Lily iba en tercero medio le ofrecieron junto a Solange y a otra niña más, vivir en una pequeña cabaña al interior de la residencia. Las tres no tenían vínculos con sus familias de origen y era urgente prepararlas. La idea era que vivieran ahí de manera más o menos independiente. El hogar cubría las cuentas y les daba una mensualidad para que ellas administraran la casa. Lily explica que antes de eso no sabía ni siquiera cuánto costaba un kilo de pan y que gracias a esa experiencia aprendió a organizarse y a ser responsable. Fue como aterrizar y entender que de ahí en adelante tenía que madurar ya que pronto todo lo que hiciera dependería solo de ella.

Paralelamente a terminar su enseñanza media en Quinta de Tilcoco, comenzó a asistir a clases de peluquería los fines de semana en el Instituto Bernardo O'Higgins. Mal que mal, luego tendría que irse y era justo y necesario aprender un oficio para poder mantenerse después. Lily estaba motivada. Le gustaba aprender y trabajar en eso, entonces partía contenta los sábados a Rancagua. Además, tenía de

anteriormente la historia de su madre, una mujer que siempre debió estar al alero de los hombres con los que estaba, aguantando malos tratos para poder comer y dormir.

Ilianette cuando el padre Alceste le preguntaba en qué se veía después, decía que no sabía. Probablemente, a los trece, catorce años, como cualquier otra adolescente, no tenía idea pero lo que sí tenía claro a los diecisiete es que no quería depender de los cariños o de la violencia de otros sobre su propia libertad de vivir como prefiriera. Así que siguió estudiando, pretendiendo no repetir la historia de su mamá y siendo muy consciente de que el egreso del hogar estaba a la vuelta de la esquina.

HABLEMOS DE FAMILIA

(Casa ajena abre sus puertas)

Ilianette siempre había ido a la psicóloga. Desde pequeña visitaba a la misma especialista y normalmente iba a su consulta una vez por semana. Lo que le estaba extrañando eso sí a Lily era que en las últimas sesiones el tema de la familia era recurrente y no le encontraba mucho sentido teniendo en cuenta que, por un lado, había cortado todo tipo de relaciones con su familia materna y que por otro, ya era bastante grande para ser adoptada. Se quedó pensando en eso pero optó por no darle muchas vueltas al asunto. Confiaba en su psicóloga, por lo tanto, si ella había decidido preguntarle una y otra vez qué significaba tener o no una familia y la había hecho ilustrar cincuenta dibujitos al respecto, la profesional debía tener sus razones.

Mientras tanto Ilianette seguía yendo a clases de peluquería. Un mes después de haber ingresado al Instituto Bernardo O'Higgins, llegó una mujer de unos cincuenta años también a aprender, la Titi. El ambiente era bien competitivo y Titi muy amable, así que Ilianette decidió acogerla. De a poco empezaron a conocerse y a llevarse cada vez mejor. Cuando ya habían pasado más o menos cinco meses desde que Titi había llegado, fueron a tomarse un café luego de clases. Sentadas en una mesa para dos hablaron de sus vidas. La mujer se había separado hace algunos

años y tenía tres hijos, la menor, de la misma edad que Lily. Se acabó el café, llegó la cuenta y con eso el ofrecimiento de la mujer: “dale, Lily yo te llevo en auto a tu casa para que no tengas que tomar micro”. Titi se quedó helada cuando escuchó a Ilianette bastante resuelta decirle que ella vivía fuera de Rancagua, en Quinta de Tilcoco, específicamente en un hogar de menores.

Ahí estaba Titi con los ojos abiertos como dos huevos fritos tratando de actuar con naturalidad, al tiempo que Lily, sin problema alguno, le explicaba que no podía llegar muy tarde porque sino en la residencia se preocupaban. La mujer le dijo entonces que la llevaba. Lily le dijo que era bastante lejos y que estaba acostumbrada a irse en transporte público, que no era necesario. Titi insistió, todavía aturdida por la sorpresa. Finalmente las dos se subieron al auto. Durante el camino Ilianette le iba resumiendo su historia: que desde que nació vivía en el sistema residencial, que veía los fines de semana a su mamá hasta que murió de cáncer y que su hermano esquizofrénico se había ido a vivir con sus abuelos y ahora pasaba de casa en casa de distintos familiares porque el tratamiento no estaba siendo efectivo.

Cuando llegaron a la Villa la mujer le dijo que quería hablar con los funcionarios. Lily, sin saber para qué, la guió hasta la oficina. Se quedó esperándola afuera hasta que al fin salió. Titi se acercó y le dijo que si estaba de acuerdo podía vivir con ella los fines de semana. Que ya se lo había planteado a los funcionarios y que

dependía de la evaluación psicológica y social. Lily no se lo esperaba pero estaba feliz porque le tenía cariño a Titi y parecía ser una buena mujer. Además la oferta de integrarse a su familia había sido tan genuina que sentía que no le quedaba otra que aceptar.

Como Lily aún iba al colegio en Quinta de Tilcoco, vivía en la cabaña del hogar de lunes a viernes y los fines de semana se iba a la casa de Titi. Conoció a los hijos de la mujer y se llevó bien con los tres. Al fin se sentía cómoda fuera de la Villa, no como en las casas de sus familiares aparecidos después de la muerte de su madre, donde se vivía a los gritos. Así, tranquilamente los meses fueron pasando sin notarse hasta que llegaron las vacaciones de verano.

Sin saber cómo, los caminos de Titi e Illianette se separaron. Durante el verano el curso de peluquería no se realizaba, hasta marzo. En el hogar los niños se iban de vacaciones a la playa, excepto Lily, Solange y la otra compañera que vivía con ellas en la cabaña. Y es que como ya eran grandes y estaban prontas a irse de la Villa, debían aprender a trabajar y también a justificar su permanencia en el hogar así que estuvieron toda la temporada trabajando como temporeras en un *packing*.

Así como el acogimiento de Titi y su familia había resultado muy natural, también lo fue la separación y sin darse cuenta dejaron de verse, de hablarse y de compartir. Lily siguió trabajando, viviendo en la cabaña y yendo a la consulta de la psicóloga.

Atrás quedó el capítulo de Ilianette y la mujer, sin resentimientos, sin cuentas pendientes, sin expectativas. Solo como un recuerdo grato de una familia que un buen día le abrió las puertas.

LA LLEGADA Y LA PARTIDA

(Acoger casualidades y tomar decisiones)

En marzo Ilianette volvió al Instituto Bernardo O'Higgins a finalizar su segundo y último año de peluquería. Titi había dejado de ir. Realmente era como si se hubiesen puesto de acuerdo para dejar de verse, pero no, la separación había sido natural. Entre medio Ilianette comenzó a trabajar de ayudante en una peluquería en Rancagua. Viajaba de Quinta de Tilcoco todos los días a trabajar y volvía por la noche a la cabaña de la Villa. Estaba feliz con su trabajo porque la ayudaba a tener más experiencia. Por otro lado, la tranquilizaba sobre todo sabiendo que no era mucho tiempo el que le quedaba en el hogar. Lily estaba bien y estable pero seguía yendo a la psicóloga, contestando preguntas sobre el significado de la familia y la importancia de los vínculos, todavía sin saber por qué.

Un día tocaron el timbre de la peluquería. Como muchas otras veces Lily fue a abrir. Cuando la puerta dio paso para que se asomara la persona que esperaba afuera, las dos se quedaron mirando sorprendidas. La casualidad había hecho nuevamente que se reunieran. Y así como un día cualquiera dejaron de verse sin planearlo, un día como tantos otros, volvieron a juntarse. La tintura de pelo de Titi finalmente se convirtió en una sesión para ponerse al día. No paraban de conversar y de contarse las cosas que habían sucedido durante el tiempo que no se habían visto. El

ofrecimiento de nuevo apareció de la boca de la mujer, gratuito y sincero. Ilianette había terminado el colegio, ya nada la ataba realmente a la Villa, entonces decidió que sí. La familia de Titi le gustaba, la casa de Titi le gustaba y a Titi la quería mucho. En el hogar estuvieron de acuerdo siempre cuando ambas fueran a terapia por un año, para que el acogimiento de Lily estuviese monitoreado. Las dos aceptaron.

Para Ilianette fue raro irse del hogar porque finalmente la residencia había sido siempre su casa y los funcionarios la conocían de toda la vida, sin embargo, estaba contenta de que éstas fueran las condiciones de su egreso. Además de ir a la terapia junto a la mujer, Lily seguía yendo a la psicóloga que había tenido desde pequeña, esa especialista que -desde hace un tiempo- abordaba en cada sesión temáticas de familia. Creía que ahora era útil, más aún al encontrarse acomodándose a una familia que ya estaba conformada desde antes de su llegada. No obstante, un día en la consulta a Ilianette todo le hizo sentido. La profesional le dijo que había un matrimonio italiano que hace algunos meses estaba interesado en adoptarla. Ahora Lily entendía mejor por qué esa insistencia de hablar del tema una y otra vez. ¿Qué tenía que hacer? Llevaba un tiempo viviendo con Titi y todo parecía estar bien. Se había encariñado con todos y se sentía parte, pero de todas formas la idea la seducía y tenía miedo y tenía ganas y no tenía claro qué debía decidir.

En el hogar le explicaron que el matrimonio italiano quería adoptar a una niña más grande porque ya tenían más de cincuenta años y no se sentían capaces de volver a criar a una persona desde pequeña. Ellos se habían convertido en padres adoptivos de un niño de la Villa hace mucho tiempo, pero se habían quedado huérfanos de hijo. El niño había crecido junto a ellos en Italia y cuando tenía 27 años, murió en un accidente de autos. De cuatro pasajeros fue el único que no se salvo. Después de la pérdida la pareja quedó quebrada por dentro, pero pasaron algunos años y quisieron o necesitaron ser padres nuevamente, y ahí estaba Lily, como la principal candidata.

A Lily se le ablandó el corazón con la historia pero no sabía cómo decirle a Titi. Cómo explicarle que se iba a otro continente, con otra familia. Cómo decirle que estaba eternamente agradecida pero que necesitaba intentarlo. Cómo decirle “mamá –porque desde hace un tiempo que el cariño y la confianza le permitían llamarle de esa forma- me voy”.

Llegó a la casa después de haber tenido toda esta conversación en la residencia. Sabía que Titi y sus hijos hablaban de todo abiertamente y eso le jugaba a favor pero de todas formas no sabía cómo empezar. La mujer preparaba la once y Lily sudaba frío. En su mente ensayaba el diálogo. Buscaba maneras amables de decirle. Se preguntaba cuándo se iba a imaginar que esto le iba a pasar, que iba a tener que decidir entre dos familias y a los dieciocho años, NUNCA.

Se sentaron a tomar té y a comer pan y Lily se detuvo un segundo a mirarla y quiso hablarle pero en vez de palabras solo brotaban de ella lagrimones redondos y gruesos y confundidos. Titi no entendía, le preguntaba –calmada como siempre- “hija qué te pasa”. Y Lily se largaba a llorar de nuevo. Entre suspiros le contó todo. La mujer escuchó paciente, disimulando la pena, siendo empática y sobre todo comprensiva. Cuando Ilianette terminó, Titi le dijo que ella era libre de hacer lo que quisiera. De viajar y probar si se sentía a gusto con ellos. Que la entendía y que se le partía el alma pero que ella no podía amarrarla si no estaba segura de quedarse. Lo más importante –recalcó- es que si algo salía mal, Lily tenía que saber que las puertas de su casa siempre estarían abiertas. Ahora Ilianette lloraba y más que antes pero el cuerpo lo sentía más liviano.

CORRER EL RIESGO

(En otra patria)

En la Villa Padre Alceste Piergiovanni cuando un niño o niña es adoptado por una familia extranjera, normalmente italiana debido a los contactos que tiene el hogar con otras fundaciones en ese país, lo habitual es que la familia que quiere adoptar viaje hasta Quinta de Tilcoco a conocer a su posible próximo hijo o hija. Entonces las parejas se quedan en Chile durante un mes aproximadamente para conocer bien al menor o la menor y ver si entre todos se sienten cómodos. Como Ilianette ya era mayor de edad el proceso esta vez tuvo que ser distinto: le tocó a ella viajar a Europa, probar y ver si en tres meses decidía quedarse o no.

Lily nunca había salido del país, mucho menos se había subido a un avión. Solo el hecho de viajar ya era un tema. Si a eso se le sumaba todo lo demás, por ejemplo, haberse ido del hogar, haber dejado a Titi, irse del país, vivir con personas que no conocía y que además hablaban un idioma distinto, es imaginable el nerviosismo que sentía. En el avión, allá en las alturas, tan lejos del suelo, pensaba si acaso se estaría equivocando. Tantas horas de vuelo para plantearse las decisiones ya tomadas, para reflexionar qué tan difícil sería sentirse en casa en un lugar tan desconocido. Para pensar que si se equivocaba, qué tan posible era devolverse sobre sus propios pasos.

Una vez que llegó al aeropuerto los vio. Estaban esperándola para llevarla a casa. Se saludaron como pudieron, mezclando códigos distintos, cruzando palabras que solo tenían en común una misma raíz madre. Hasta comunicarse era un reto, pensaba Lily.

Vincenzo y Delfina tenían un departamento en Roma pero desde que su hijo había muerto vivían en la casa de descanso que quedaba a un par de horas de la capital. Cuando llegaron Ilianette no lo podía creer. Era una casa inmensa con un gran jardín. En el terreno además estaba la viña que administraba Vincenzo. Dice que parecía mansión y todo era lindo y todo era grande y todo estaba impecable. Pero habían ciertas cosas que a Lily no la hacían sentir tan cómoda. En cada rincón, fotos y recuerdos de Álvaro, el hijo que habían perdido. Ilianette entendía su pena y la necesidad de recordarlo pero incluso en su pieza había imágenes de él.

Con Vincenzo se llevaron bien desde el principio. Él era muy amable y siempre estaba buscando nuevos panoramas para hacer con Lily. Lo que sí, era un poco machista y muy sobre protector e Ilianette que desde siempre había sido muy independiente le abrumaba que él no le sacara los ojos de encima y que quisiera protegerla todo el tiempo. Delfina en cambio era más seria y a Lily le costaba llegar a ella. Sentía que la pena que había dejado la muerte de su hijo les imposibilitaba tener una relación más cercana.

Lily trataba, se esforzaba, pero no terminaba de sentir presiones sobre ella. Sentía que pese a que Vincenzo hiciera lo posible por hacerla sentir bien, no le era posible integrarse por completo. Por otro lado, sabía que Delfina también ponía de su parte y que no era su culpa arrastrar los vestigios de un dolor tan grande que no había podido superar, pero era así y esa mujer parecía tan lejana, tan difícil de conquistar realmente. ¿Qué debía hacer? Lily se quería ir.

Todo ese tiempo Ilianette estuvo monitoreada por Jannis, un italiano encargado de ver que todo fuera bien y de ponerse en contacto con la Villa PadreAlcestePiergiovanni. Lily le dijo que le estaba costando mucho, que creía que no lograría nunca terminar de encajar, a pesar de las buenas intenciones del matrimonio y de lo lindo del lugar. Sentía que en el fondo –lo hayan querido así o no- ella había llegado a completar un espacio vacío que había quedado vacante luego de esa muerte ingrata e inesperada. Y ella no había dejado todo para que Delfina cada vez que la mirara buscara una cara, un cuerpo, un hijo que ya no existía.

Lily hablo con su psicóloga de siempre y ella le dijo que no podía devolverse hasta que cumpliera los tres meses allá. No porque estuviese prohibido, sino porque le explicó que ella creía que para tomar una decisión y no arrepentirse debía pasar más tiempo, conocerlos mejor, que solo había pasado un mes y era obvio que al principio no sería fácil. Desde el hogar, para que no se devolviera de inmediato, le

ofrecieron que su psicóloga fuera a verla. La especialista viajó. Por su parte, estaba contenta de conocer Italia y de reencontrarse con Ilianette. Para Lily esa visita fue clave porque la hizo entender mejor las cosas y se sintió con la seguridad de exponerle sus dudas a Vincenzo y Delfina.

Ilianette les dijo entonces que su mayor problema era sentir que estaba sustituyendo a alguien que sabía muy bien que jamás llegaría reemplazar y que necesitaba que dejaran de verla como una persona que venía llenar ese vacío. Ellos la entendieron y le prometieron que las cosas cambiarían. Así de a poco fue sucediendo. Delfina le pidió que la acompañara al departamento de Roma. Lily no sabía muy bien a qué iban y solo cuando ya estaba allá se enteró. La mujer quería que ella la ayudara a desarmar la pieza de Álvaro. Todas las cosas seguían eternamente en su lugar como esperando que llegara de vuelta alguien que nunca más iba a regresar. Fue fuerte, dice. Fue emocionante también. La mujer la había escogido a ella para que fuera la única testigo y participe de ese momento tan importante y delicado para ella. De ahí en adelante las cosas fueron cambiando. No solo porque en la casa de la viña también sacaron algunas fotos y objetos, haciendo que Álvaro dejara –de cierto modo- de habitar en cada espacio, sino también porque el matrimonio se fue abriendo y ella, por su parte, comenzó a sentirlos de otra forma.

Vincenzo le consiguió un trabajo de ayudante en una peluquería de una conocida. Ilianette iba casi todos los días a trabajar. Estaba feliz de tener una actividad propia y de comenzar a dejar de sentirse visita y empezar a hacer su vida allá. El hombre la iba a buscar de vuelta del trabajo para que no regresara tarde y sola a la casa. Delfina ya estaba empezando a conocerla mejor y ya era capaz de recordar en el supermercado los productos que Ilianette consumía. Lily fue sintiéndose más relajada y cómoda a medida que pasaba el tiempo. Hasta que el segundo gran acto de confianza de Delfina terminó de culminar ese momento. La mujer desde el accidente de su hijo que había dejado de preocuparse por su imagen. Lily había visto fotos más antiguas de ella y notó el cambio entonces un día la invitó a la peluquería y Delfina se puso a su disposición. Ilianette le tiñó el pelo, le hizo otro corte, la peinó, tratando de dejarla parecida a como lucía antes. Cuando Vincenzo llegó a la casa y la vio se puso a llorar. Y no era por el acto de verla arreglada lo emocionante de eso, era verla más repuesta, más parecida a lo que solía ser antes del dolor y el miedo.

Las cosas se pusieron lindas para los tres pero el tiempo había avanzado y estaban por caducarse los tres meses de prueba. Lily tendría que volver a Chile y una vez aquí decidir si permanecía en su país o volvía con Vincenzo y Delfina para quedarse. Para Lily fue difícil irse porque ya los quería, pero tampoco le parecía fácil quedarse. La despedida fue triste pero la pareja estaba esperanzada. Ilianette

en cambio la sentía más fuerte porque a pesar del cariño y de cada vez sentirse menos ajena a esos afectos, desde que se despidió sabía que no los volvería a ver. El viaje de vuelta, así como también lo fue el de ida, se convirtió en tiempo de reflexión, de expectación, de renuncias y bienvenidas.

La vida después del hogar

(Irse y no volver)

Solange, 26 años

Quinta de Tilcoco

LA VIDA ESTÁ ADELANTE

(Amor con amor se paga)

Solange salió del colegio el 2008, con 19 años. Había repetido un curso pero dice que fue más por floja y rebelde y no porque realmente le costara o no le gustara estudiar. En el hogar la conocían desde los 13 años. Conocían de sobra su carácter fuerte. El tiempo y su personalidad compleja habían hecho que se convirtiera en una de las más regalonas de la residencia.

Una vez cumplidos los 18 años no le dijeron nada sobre si tenía que irse o no. Todos tenían claro que Solange desde antes de que llegara a la Villa había dejado de tener contacto con sus padres biológicos y que no tenía ninguna intención de relacionarse con ellos, por lo tanto, estaba sola, no tenía a nadie afuera de la residencia.

Solange agradece el hecho de no haberse sentido nunca presionada respecto a dejar de vivir ahí o no. Y es que su mayor temor en esos tiempos era quedar en la calle. Para ella el futuro tenía cara de hereje porque en su porvenir ni siquiera se dibujaban trazos al menos escurridizos o tembleques. Sentía que no había nada,

que todo era misterio e incertidumbre. Por eso le calmaba que no se hubiese aparecido esa conversación donde quedaban expuestos todos los plazos y las fechas de expiración. Sabía que con ella habían hecho excepciones. Como prácticamente no tenía familia, le habían permitido permanecer más tiempo y darle otras herramientas para que no saliera de la residencia tan perdida. Es por eso que junto a Ilianette, por ejemplo, habían vivido en una cabaña dentro del hogar para que aprendieran a administrar sus propios gastos. En ese mismo sentido, también le habían dado la oportunidad de seguir estudiando después de completar la enseñanza media.

A los 22 años Solange empezó a estudiar en Rancagua, en el Instituto Profesional IPG para ser técnico deportivo. El trato era que ella debía rendir y le tenía que ir bien. Se enfocó, fue responsable y desde el segundo año de estudios, comenzó a trabajar. Trabajaba de día y estudiaba de noche. Todo esto lo logró teniendo como puente a la ex inspectora del Liceo República de Italia, colegio donde estudió Solange. Durante la enseñanza media se habían acercado y habían comenzado a tener una relación estrecha. La inspectora le aconsejaba, la escuchaba, la apoyaba, la iba a ver al hogar los días de visita, de hecho se convirtió en su madrina cuando a los 16 Solange decidió bautizarse. La escogió a ella porque la quería y sabía que el cariño y la preocupación eran mutuos.

Su madrina ahora trabaja en una escuela pequeña, de 215 niños ubicada en Guacarhue, a quince minutos del centro de Quinta de Tilcoco. Fue ahí donde Solange comenzó a trabajar durante el segundo año de estudios. Al principio le iba a ayudar y finalmente terminó como asistente de aula.

Lo habitual para aquellos adolescentes que nunca fueron adoptados o reintegrados a sus familias es que dejen el sistema residencial al cumplir la mayoría de edad. Pero si la situación es muy compleja pueden quedarse hasta los 24 años recibiendo subvención estatal, siempre y cuando estén estudiando y eso se pueda corroborar semestralmente.

Fue pasando el tiempo hasta que a los 24 años Solange decidió irse del hogar. Todavía podía quedarse un tiempo hasta que cumpliera 25, pero ella sentía que era un estorbo. Ya estaba trabajando y creía que sobraba en ese lugar. Tenía que irse y eso hizo pero escurriéndose, que no se notara que se iba, que no hubieran grandes despedidas. Agarró sus cosas y se fue un día sin más.

Lo primero que hizo fue irse a la casa de una amiga con la que habían sido compañeras de curso cuando eran más chicas. Estuvo ahí un tiempo pero no se acostumbraba, además la casa le quedaba muy lejos del trabajo. Entonces le preguntó a su madrina si podía vivir con ella.

La necesidad de lo propio

Solange hasta el día de hoy vive junto a esa mujer, su esposo y su hijo. Se lleva bien con los tres. De hecho el local de ropa y accesorios donde nos reunimos para hacer la entrevista es de ellos. A veces, después de la jornada del colegio o durante las vacaciones, Solange ayuda a atender la tienda. Pero a pesar de lo agradecida que está con esa familia que la integró como una más, quiere independizarse. Quiere tener su casa, su horario, su lugar propio. Tiene una libreta de ahorro, donde fue juntando su plata. \$500.000 tenía reunidos y antes de partir del hogar, dos funcionarios de ahí, sacaron de sus propios bolsillos \$250.000 para que pudiese completar lo necesario para poder postular a un subsidio habitacional. A Solange le ha ido mal, comenta que ha estado yendo a Servicios de Vivienda y Urbanización, ServiU desde hace tres años y que no logra nada. Así como no fue prioridad antes respecto a la adopción, ahora tampoco. Es soltera, no tiene hijos, por lo tanto, ante los ojos del sistema, no pareciera necesitarlo como otras personas.

Pero Solange no pierde la batalla. Pretende seguir intentándolo aunque las esperanzas ya las tenga un poco derretidas. Este año quiere ver si puede quedarse en la escuela donde trabaja como profesional de planta. Le gusta trabajar ahí, le gusta estar con niños. Dice que es agotador y que vuelve muerta a la casa pero que es un cansancio alegre, que le hace querer despertarse con gusto en las

mañanas. Sabe que tiene una facilidad para llevarse bien con los más chicos. De hecho el año pasado la invitaron a la licenciatura de octavo básico, y la aplaudieron y le agradecieron y eso a ella la hace tan feliz que se siente afortunada de estar ahí.

Solange es una mujer fuerte, que aunque logró conquistar a las personas que estuvieron a cargo de ella, siempre se supo sola en el mundo. Hoy no es tan distinto a pesar del corazón grande que tiene su madrina. Solange quiere tener algo propio y es que ni los cariños de los otros los siente suyos. Me dice que a pesar de todo su infancia no fue tan terrible. Se sintió querida en la Villa y aunque hay episodios que todavía le afectan, la mayoría de sus experiencias en ese lugar son positivas. Cuenta que aprendió a enfrentarse de otra forma a la vida. Dejando todo lo que la frenara atrás, incluso su propio nombre, Nathaly Andrea, porque Solange siempre está mirando hacia adelante.

Habla de sueños. Su mayor sueño fue tener una familia. Lo dice en pasado porque siente que ese momento ya pasó. Dice que de chica deseó tanto tener una mamá, un papá que la cuidaran, que la quisieran, que sintiera que ese amor era completamente para ella. Pero nunca sucedió. Vio a otras irse adoptadas de las residencias donde vivió. Vio a la misma Illiante, con quien vivía en la cabaña, subirse a un avión a vivir con una pareja de italianos y ella siempre se quedó. Explica que era como si lo supiera, como si desde pequeña hubiese sabido que eso

a ella nunca le iba a pasar, por mucho que lo deseara. Entonces se asumió en singular y vio cómo se desarmaba el sueño de pertenecer realmente a una familia.

Habla de hoy. Dice que su forma de reconstruir ese anhelo perdido es tener en el futuro su propio hogar, habitado por sus hijos. Quiere tener tres ojalá: dos niñas y un niño. No le importa si hay padre. No le importa si son producto de una noche, de una calentura. Ella quiere hijos con o sin compañero de vida. Si hay –dice– bienvenido sea. Si no hay, no importa, ella siempre se la ha podido sola. Y se pone en la caso de no poder ser madre naturalmente. Adoptaría entonces, pero hombres porque cree que los niños en los hogares de menores sufren más que las niñas. Según ella se escapan más, hablan menos de sus problemas y terminan muchos haciendo cualquier cosa. Esa es su meta hoy.

Volviendo al origen, habla de Valparaíso, del miedo que todavía siente de regresar y que la casualidad le juegue una mala pasada y se encuentre frente a frente con uno de sus padres. Dice que se mentalizó tanto que no quiere ni verles la sombra. Que claro, ella cuando chica no les servía, pero que ahora que trabaja quizás si la quisieran tener cerca y que no, que la cosa no puede ser así. Solange habla con sentimientos encontrados porque al mismo tiempo en que asegura que preferiría a veces, por mal que suene, que estuvieran muertos para vivir tranquila y poder ir a la quinta región sin la preocupación de topárselos, confiesa que de vez en cuando le gustaría preguntarles, por qué fueron así, no solo con ella, también con el resto

de los hijos de su madre y vuelve a repetir “¿por qué nos dejaron tirados en un hospital como si fuéramos perros?”.

Solange dice estar bien donde está. Le acomoda vivir en Quinta de Tilcoco y quiere quedarse ahí. Quiere su casa, quiere su familia propia. Por mientras sigue trabajando y poniéndole la otra mejilla a la vida complicada que le tocó. A veces pasa por afuera de la Villa. La recuerda con cariño. A veces habla por *Facebook* o se reúne con una que otra compañera. A veces ve a los funcionarios y se saludan, y se sonríen y se conversan. Pero nunca visita el hogar. Dice “soy chora, pero quizás al *peo*” porque le da vergüenza ir. De alguna forma se siente en deuda, se siente ajena, y más que mal, por más cariño que le tenga a ese lugar de árboles centenarios, volver es estremecerse por dentro y es arriesgarse a sacarse la coraza y probar si no se cae en el intento.

Andrea, 23 años

Quinta de Tilcoco

DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

(Sacarse el estigma)

A Andrea le dijeron que a los 18 años debía irse. Cuenta que con las niñas que no tienen familia la cosa es distinta, pueden quedarse más tiempo y estudiar. Ella no, porque aunque la relación con su padre y sus hermanos nunca fue muy cercana, existía una conexión así que debía irse.

Andrea había terminado recién tercero medio en el Liceo Técnico de mujeres de Rancagua. Ahí había optado por seguir gastronomía. Cuenta que la prepararon con psicólogo para su egreso de la residencia. En esas sesiones le preguntaron qué quería y le dijeron que debía elegir con cuál de sus familiares se iría a vivir. Antes de eso, eso sí, evaluaron a los familiares para asegurarse que pudiesen mantenerla y que hubiera espacio para ella. Andrea sintió que –de algún modo- estaban deshaciéndose de ella, pero no tenía muchas alternativas así que entre irse con su hermana, su hermano mayor o su papá, eligió a su hermano.

Fue difícil marcharse sabiendo que no podría volver si es que la situación se hacía complicada, pero no había mucha vuelta que darle porque no podía ser de otra

manera. Con su hermano mayor había compartido poco. Recuerda que cuando chicos se llevaban bien pero como siempre estuvieron separados dentro de la Villa en casas dependiendo el género, nunca se conocieron tanto realmente. Todo eso les pasó la cuenta. Un día pelearon y aunque Andrea no detalla qué pasó, agarró sus cosas y se fue para no volver a tener más relación con él. Fue así como llegó a la casa de su padre, lo que también le complicaba bastante ya que a pesar de que se llaman y a veces se visitan, sabe que el vínculo entre ambos es complejo, más considerando que siempre está incluido el alcohol entre medio.

Afuera del hogar Andrea continuó estudiando para terminar la enseñanza media. Fue en ese momento en que conoció a un hombre con el que se puso a pololear. Él también había estado en el sistema residencial. Primero, a los tres años en un hogar en Rengo y luego, en la Villa hasta los catorce. Él había vivido junto a los hermanos mayores de Andrea adentro del hogar ya que tenían casi la misma edad. Pero en ese tiempo no se habían conocido. Ahora empezaron a estar en contacto luego de haber coincidido en una de las reuniones que organizan los egresados de la Villa para juntarse, recordar anécdotas y seguir en contacto. Las cosas pasaron rápido y dentro de poco ya eran pololos.

Andrea estaba por salir de cuarto medio y tenía metas claras: quería ser carabinera. Lo tenía decidido y veía que sus planes podían funcionar ya que estaba lista para entrar a la institución hasta que, una semana antes se dio cuenta que estaba

embarazada. Hasta ahí llegó su sueño. Se tuvo que cambiar nuevamente de casa. Se fue a vivir con su pololo a la casa de su suegra. No solo por el embarazo, sino porque la situación con su padre estaba peor. Una vez ahí solo quiso escapar. La casa quedaba en un sector peligroso de Rancagua. Según Andrea siempre habían riñas e incluso, a veces, con muertos incluidos. Estaba insegura y se sentía profundamente desprotegida, por lo tanto, cuando ya tenía tres meses de embarazo, decidió que no podía seguir ahí. Recuerda que estaba acostada y escuchaba disparos. Tenía que irse lo más pronto posible así que agarró el teléfono y llamó a una funcionaria de la Villa. Le preguntó si podía irse a su casa, aunque fuera solo por unos días. La mujer lo conversó con sus dos hijas para saber si todas estaban de acuerdo y finalmente, le dijo que sí.

Ser madre y ser hija

El embarazo de Andrea fue difícil. No porque su guagua o su cuerpo tuviesen complicaciones sino porque sintió que su pareja no la apoyaba. Dejó de ser atento, dejó de ser preocupado y se fue alejando. Andrea tenía diecinueve años y estaba aterrada. Se sentía sola y no sabía qué pasaría una vez que su hijo naciera. Dice que estuvo nueve meses llorando. Que eso de “tengo antojo” o “vamos pasear” no tuvo lugar dentro de su relación. Ella sentía que él no quería que ella estuviera embarazada y ella no sabía qué hacer, porque si bien no lo había planeado, iba a tenerlo.

Lo bueno de todo esto, es que la funcionaria de la Villa era buena con ella y le aconsejaba y la contenía. En esa casa Andrea era una hija más. Cuando otra gente de Quinta de Tilcoco se enteró que estaban viviendo juntas se sorprendieron porque en realidad no habían sido tan cercanas. La mujer había sido muy importante para la hermana de Andrea y luego de que ella tuvo que irse por haber quedado embarazada dentro del hogar, se fueron uniendo por defecto. Las dos tenían las emociones revueltas: Andrea con depresión por la partida de su hermana y la mujer decepcionada porque creía que ese embarazo le reduciría mucho las oportunidades futuras.

Cuando Martín, el hijo de Andrea, nació las cosas no se pusieron más simples. Andrea no sabía cómo ser mamá y no es que haya gente que lo sepa, pero ni siquiera podía imitar lo que su madre había hecho con ella porque su madre nunca estuvo. Martín lloraba de noche y Andrea lloraba con él, desesperada de no saber qué hacer para calmarlo. Dormía asustada de aplastarlo y hasta los cuatro meses que no se atrevió a bañarlo o a vestirlo. La funcionaria de la Villa con paciencia la fue guiando y tranquilizándole los miedos. Andrea reconoce que fue bonito aprender a ser madre, gracias a una mujer que no es su mamá sanguínea pero que cumple la función de, porque lo entiende como un gesto de amor y sacrificio.

Luego de eso, Andrea trabajó en un *packing* de cebolla y porotos. Después hizo la práctica profesional de gastronomía en la pastelería de Quinta de Tilcoco pero

ahora no está trabajando. Era complicado porque casi no alcanzaba a ver a Martín. Llegaba a la casa y ya estaba durmiendo y sentía culpa de no haber podido estar con él y también de traspasarle todas sus responsabilidades a su madre putativa. Así que ahora está dedicada a cuidar a su hijo. El padre de Martín –que es eléctrico y trabaja por turnos en el norte de Chile- los mantiene. Cada un par de semanas se ven. Andrea siente que recién ahora él se está acercando más a Martín, aunque también se da cuenta que le cuesta hacerse la idea de que tiene una familia. Por ejemplo, este año ella postuló para tener su vivienda propia. Postuló como madre soltera, pasando por alto la existencia de su pareja con el fin de que le dieran el subsidio. Cada vez que le habla de esa casa, su pareja parece escabullirse y le cambia de tema y le habla de cualquier cosa como evitando ese futuro en común de personas adultas.

Andrea sabe que no puede hacer mucho al respecto y ya no le importa tanto. Su meta es tener de aquí a unos dos años su propio hogar, crecer acompañando a Martín y luego trabajar como pastelera, que es lo que más le gusta. También Andrea quiere hacer un libro algún día para contarle a otros su historia. Quiere que la gente deje de mirar con lástima a los niños que viven en los hogares. Quiere poder sacarse el estigma de huacha o huérfana. Quiere mostrar que algunas funcionarias trabajan con valentía y vocación. Quiere, por último, hacernos saber que normalmente la historia de vida de las personas que viven en el sistema

residencial es compleja, pero así como hay espacio para el abandono o el miedo o el dolor, también existe el sacrificio, el amor y la solidaridad.

Por último, dice que ella en el fondo está agradecida de haber crecido en la Villa. La alimentaron, le dieron valores, la quisieron. Y eso no hay que darlo nunca por sentado, ya que ella piensa que lo más probable es que de no haber estado ahí, su estilo de vida hoy sería muy distinto y sus objetivos también. Es cierto, Andrea carga con el odio que siente por su madre –y que cree que nunca podrá superar– pero también lleva consigo el cariño de su mamá postiza y el amor que siente por su hijo.

Marilyn, 23 años

Quinta de Tilcoco

SER MADRE

(A las faldas del cerro)

Marilyn tenía que irse de la Villa a los 18 años. No estaba convencida de hacerlo pero era lo que correspondía. Tenía una débil relación con su padre pero el vínculo estaba. No quería porque creía que yéndose a vivir con él no tendría ningún futuro. Estaba desesperanzada. Su padre seguía siendo alcohólico y ninguno de sus hermanos tenía una vida muy alentadora. El hermano que viene después de ella, está en este minuto cumpliendo condena por asalto con violencia. Lleva en la cárcel dos años y está pronto a salir. Su hermana pidió el egreso en la Villa antes de tiempo y se fue a vivir con su padre. Quedó embarazada hace poco y tiene miedo porque no sabe si habrá alguien que la apoye. Por último, el más pequeño de los hermanos aún está en el sistema residencial de manera discontinua porque cada vez que puede se escapa de los hogares donde vive.

Marilyn siempre fue la más distinta de los cuatro. La más tranquila y la más obediente, sin embargo, las condiciones de su nueva vida la tenían expectante y nerviosa. Cuando llegó con su padre comprobó que no se había equivocado mucho. Él trabajaba todo el día y llegaba de noche a la casa, completamente doblado,

apestando a licor barato. Marilyn tenía miedo de vivir en ese lugar porque estaba todo el día prácticamente sola y porque ese barrio renguino en sí, era peligroso. Se refugió entonces en el trabajo que consiguió luego de cinco meses de búsqueda.

Todo ese tiempo que estuvo cesante la incertidumbre y la frustración la tenían desesperada. Dice que en el hogar intentaron prepararla para el egreso pero que en realidad, una vez afuera, se dio cuenta que no sabía nada. Le habían hablado de que siempre tenía que cuidarse y ser respetuosa con la demás gente pero esos consejos no le servían mucho para entender esos códigos tan lejanos a las estructuras del hogar, ni tampoco para encontrar pega.

Se puso a trabajar en una fábrica agrícola, primero de temporera y luego haciendo registros y conteos de la fruta y verdura. En ese tiempo empezó a relacionarse con Juan, un ex compañero de colegio. Al principio estaba un poco reacia a salir con él porque encontraba que era un mujeriego y eso a ella no le gustaba. Pero empezaron a salir y se empezaron a gustar y terminaron -después de varios meses- pololeando.

Después de un tiempo ella quedó embarazada de Anaís. Cuando ya no le faltaba mucho para cumplir nueve meses de gestación, le dijo a su pareja que ya no aguantaba más vivir con su padre. Desde ese momento hasta el día de hoy viven juntos los tres, en la casa de los padres de Juan, en las faldas de un cerro a veinte minutos en auto de Quinta de Tilcoco.

Marilyn tiene una vida tranquila. Con Juan se llevan bien aunque ella dice que a veces se pone insoportable y su suegra intercede para calmar su corto genio. Juan es un hombre de campo, que no le gusta ir a las ciudades grandes, que le cuesta acompañar a Marilyn a Santiago a visitar a Bárbara pero que lo hace igual, aunque le duela la cabeza –o al menos eso diga- viajando más de media hora. Él vive metido en el cerro, cuando no está trabajando como temporero, cazando, paseando con los perros, trayendo tórtolas o conejos a la casa.

Marilyn por el momento está cuidando a Anaís que todavía es pequeña y curiosa y anda metiendo sus deditos de niña en cada lugar que puede. Después quiere buscar trabajo, ojalá en el campo. Pero eso es más adelante porque primero quiere ver a su hija crecer y educarla y aprovecharla. Dice que ella tiene claro que la gente tiene que esforzarse para conseguir lo que quiere y que sus hermanos nunca comprendieron eso y se convirtieron en adultos difíciles de tratar, con vidas conflictivas. Marilyn quiere que su hija entienda desde chiquitita que la cosa no puede ser así. Que no le haga asco al trabajo o a los buenos hábitos. Y es que para ella, Anaís es lo más importante, por eso le urge tanto no solo mimarla sino que educarla y convertirla en una persona segura y completa.

Le habla como si fuera una persona adulta y la niña, que le coquetea y le sonríe y hace travesuras asegurándose de que la vea; le entiende y obedece y se porta bien. Para Marilyn esa es la gracia de la maternidad, construir buenas personas. Lo dice

tranquila, sin dobles lecturas, como olvidando las situaciones por las que atravesó ella misma hace no hace tanto tiempo atrás. Y es que aunque siempre quiso a su madre de vuelta, no la culpa y hasta la recuerda con cariño.

Bárbara, 24 años

Santiago

QUE LA VIDA CAMBIE

(Yaún así, reconocerse)

Bárbara a pesar de que se fue de la Villa cuando tenía catorce años, nunca se fue del todo. Siempre siguió conectada a ese lugar. Tanto así que sigue emparejada con la misma persona con la que pololeaba antes de ser adoptada. Llevan casi una década juntos. Recuerda el principio, cuando los dos tenían que hacer méritos para que los dejaran viajar a visitarse de Quinta de Tilcoco a Santiago, o al revés. Ahora ambos andan circulando entre Santiago y Valparaíso ya que él se fue a estudiar ingeniería a esa ciudad y ella continúa haciendo su vida en la capital.

Así como Bárbara siguió con la misma relación que traía consigo desde la sexta región, tampoco dejó de ser la mejor amiga de Marilyn. Hasta el día de hoy se ven. De vez en cuando Marilyn se queda algunos días en su departamento y se apoyan y se escuchan, como lo han hecho siempre. Bárbara sabe que su vida es muy distinta a la vida que tienen sus otras compañeras de la residencia. Se da cuenta que entre las experiencias de ella y de Marilyn existe un mundo de diferencia. Sabe que es afortunada no sólo porque pudo estudiar una carrera universitaria, o porque viva en un departamento muy bien ubicado en la comuna de Las Condes, o porque tenga

auto propio, sino porque también tiene una madre que se comprometió con ella de por vida, y una familia detrás de esa mujer que demostró remar hacia el mismo lado.

Las primeras veces que Marilyn iba a visitarla no disimulaba el asombro y Bárbara que jamás ha negado su pasado, ni ocultado, ni intentado hacerlo pasar desapercibido, comprendía su reacción porque ella en su momento también había estado sorprendida. Sabe que tiene una buena situación económica pero jamás –a pesar de lo agradecida que se siente- se ha encandilado por eso. No se ha permitido cambiar en ese sentido.

Bárbara está buscando trabajo ahora. Ya se tituló de educadora diferencial. Hace poco fue a una entrevista para trabajar en una escuela en Cerro Navia. Su madre, que es muy aprensiva -recalca- le aconsejó que no aceptara esa oferta. Que es muy lejos, que es muy peligroso, que no se exponga. Bárbara entiende las aprensiones de su madre pero también siente que ya está grande y que necesita crecer por su propia cuenta.

Dentro de sus planes próximos está encontrar trabajo, juntar plata y, si todo sale bien, irse a vivir con su pololo de toda la vida. Dice que su madre se horroriza de solo pensar que se va a ir de su lado. Ella le dice que claramente nunca se va a ir por completo y la mujer le argumenta de vuelta que ojalá que se quede un tiempo

más, que ella comprende que tenga 24 años, pero que la entienda a ella que lleva solo diez años siendo su madre y que le cuesta soltarla tan pronto.

Bárbara y su mamá tienen una muy buena relación. Para Bárbara esa mujer es sin duda su madre. La misma que le ha dicho siempre que si necesita ponerse en contacto con su familia biológica, no dude en decirle, porque ella va a ser la primera en ayudarla y acompañarla en el proceso. La misma que, cuando Bárbara llegó a las Monjas Francesas y le pidieron a ella y las demás alumnas que llevaran fotos de cuando eran pequeñas, buscó por cielo, mar y tierra, por Limache, por Quinta de Tilcoco, por Quintero, para no ver a su hija triste de no tener imágenes de chica. Hasta que lo consiguió, igual como consiguió convertirse en madre después de tantos años de intentarlo. Esa es su madre, es por eso que Bárbara se ríe de los miedos de su mamá porque ella sabe muy bien que no solo no quiere sino que no puede alejarse demasiado de ese lazo que tan bien construyeron.

Algo que no tiene tan claro eso sí Bárbara, es sobre qué hacer con su familia de origen. Cree no necesitar buscar a sus padres. No les tiene resentimiento ni odio, aunque admite que las primeras veces que viajó a ver a su pololo a Valparaíso estaba muy nerviosa solo de imaginarse que pudiese coincidir fortuitamente con ellos en un sitio. Pero lo que no tiene resuelto es si tratar de contactarse con su hermano o no. Él está viviendo con su tía, ésa que hacía que Bárbara hiciera el

aseo de su casa cuando, los fines de semana, la sacaba de la Villa a “pasear”.
Piensa que está ahí porque eso fue lo último que supo.

No sabe si buscarlo es irrumpir en su vida o no. Pero alguna parte de ella lo extraña. Una parte de ella también se siente culpable de no haber estado pendiente de él después de irse de la quinta región rumbo a la Villa. Sabe que ella no tenía por qué estar a cargo, pero ella es su hermana mayor, la que lo cuidaba, entonces le duele que no tengan ningún vínculo. Tiene miedo también, no solo de llegar a desarmarle los esquemas a su hermano, sino que a ser rechazada. A que él le guarde rencor. A que a él no le interese relacionarse con ella. Así que en eso está Bárbara. Decidiendo si retomar esa parte de su vida y viendo si es posible o no retornar a aquellos lugares y personas que las circunstancias alejaron, pero que el cariño los guarda y los trae de vueltas cada cierto tiempo.

Ilianette, 24 años

Santiago

LA HISTORIA PROPIA

(Identidad)

“Diles tú que yo no puedo”, le pedía Ilianette, con las manos, con los ojos, con el corazón blandito a su psicóloga. Pero la psicóloga le repetía de nuevo que no. Que ella ya era grande y tenía que ser responsable de sus actos. Lily no sabía cómo hacerlo y sin terminar de saberlo discó el número y esperó que en otro continente contestaran el teléfono.

Escuchó la voz de Vincenzo y apenas él la reconoció sus palabras sonaron emocionadas. Hace algunas semanas que Lily había llegado a Chile y desde entonces la familia no podía llamarla hasta que ella se pusiera en contacto y les notificara su decisión. Antes de que Ilianette pudiese decir algo, Vincenzo empezó a decirle que la echaban mucho de menos y que Delfina quería hablar con ella. La mujer alegre de tener noticias, comenzó a contarle que le había comprado los cereales que le gustaban y que ojalá llegara pronto.

Cómo decirles entonces que se quedaría en Chile. Le daba tanta pena contarles que no viajaría que las palabras se le quedaban trancadas dentro de la boca, hasta que tomó aire e impulso y lo lanzó de la manera más dulce que pudo.

Le tiritaba todo. Sabía que el matrimonio sufriría y quería hacerles entender que sí los había querido pero que necesitaba estar en su país. Fue una conversación triste. Hubo llanto, hubo silencio y decepciones. Lo terrible también era saber que ella no podría volver a llamarlos y la pareja tampoco podría intentar ponerse en contacto. Era el último diálogo que tendrían así, de lejos, separados por mares e idiomas y planes futuros. Lo intentó en serio. Lo quiso de verdad pero la piel la llamaba a volver.

No olvidarás el lugar de dónde vienes

Titi le había dicho que las puertas de su casa estarían siempre abiertas si es que decidía volver y así fue. La mujer estaba feliz de su regreso voluntario y Lily estaba contenta de retornar a ella.

Pasó el tiempo y Lily conoció a su actual pareja y padre de su hijo, José Tomás. Durante el embarazo ella siguió viviendo en Rancagua junto a Titi pero luego se fue a vivir a la casa de sus suegros en Santiago. Hasta el día de hoy vive ahí. José Tomás ya tiene dos años y ella trabaja como peluquera. Piensa eventualmente asociarse con una pariente de su pololo y así tener su propia peluquería.

A veces va a ver a Titi –a quien su hijo llama abuela- a Rancagua. Desde que no viven juntas que no comparten tanto, sin embargo, el cariño y la relación existe. A veces Ilianette también viaja a Quinta de Tilcoco, a la Villa que fue su casa tanto tiempo. De hecho cuando nos reunimos para la entrevista faltaba una semana para Pascua de Resurrección y Lily pretendía ir al hogar pero ir de una manera diferente: a repartirle huevitos de chocolate a los niños de la residencia. A cambiar los roles y ser ahora como esas personas que cuando ella vivía ahí, iban a darles dulces y compañía.

Lily quiere ir con José Tomás para que de a poco su hijo vaya conociendo su historia y no tenga como ella pasajes inciertos de su propia existencia. Que sepa bien de dónde viene su madre para que comprenda que no todos los niños viven como él y que igualmente merecen el mismo trato y el mismo respeto.

Ella dice que cada vez que puede cuenta los recovecos de su vida. Primero, porque no le avergüenza. Segundo, porque siente que esa historia de alguna manera es ella misma, incluso tomando en cuenta aquello que desconoce como la cara de su padre, como las razones de haber estado siempre en hogares de menores, como su mismo origen. Tercero, porque cree que es importante que la gente sepa que estas vidas existen y que no es necesario leer un artículo si quien te está cortando las puntas del pelo, por ejemplo, puede hablarte desde la experiencia propia. Cree que es necesario contar y escucharse para poder acercarse y entenderse. Además le

gusta ver la cara sorprendida de sus clientas que no terminan de cerrar la boca para pedir detalles.

Ahora Lily sabe que la parte más difícil está por venir. Su pareja es reacio a ir a la Villa y conocer dónde vivía lo que le complica bastante porque ella quiere que José Tomás crezca sabiendo todo, así que está buscando un modo para que este cuento que parece mentira, con viaje a Italia, con una madre que se llevó junto a la muerte el misterio de sus primeros años, con la vivencia de crecer en el sistema residencial y con todo aquello que eso implica, pueda ser un antecedente honesto que su hijo comprenda como natural.

Lily espera que el papá de José Tomás la acompañe a dejarles huevitos de chocolate a los niños. Espera que conociendo el lugar, él pueda estar más abierto a todos los acontecimientos de su vida. De no ser así –dice- habrá que tomar caminos distintos porque esa historia, esos veinte años que vivió antes de conocerlo son gran parte de lo que ella es hoy. Ilianette dice que los sucesos a los que se vio enfrentada desde pequeña la hicieron darse cuenta de la importancia de tomar decisiones y de saber siempre que las cosas pueden ser distintas. No le tiene miedo a los riesgos y al cambio porque su historia le indica que la vida no puede ser de otra forma.

Más que un número

(y si hablamos de número hasta abril de 2014 los niños y niñas en el sistema residencial chileno era de 6.893)

Las experiencias de estas cinco mujeres llegaron a converger en este trabajo un poco porque andaba buscando contar sus historias y otro poco, porque las protagonistas de ellas tenían la necesidad de contar lo que han vivido. Fuimos encontrándonos sin problemas en el camino ya que la buena disposición estaba presente en las dos partes, aún cuando los relatos fueran complejos y las dejaran ahí, medio descubiertas.

Estas cinco mujeres hace no tanto tiempo fueron niñas, niñas relativa o completamente abandonadas. Niñas que crecieron bajo el alero de un sistema que se sabe incorrecto. Que las homogeniza y las convierte normalmente en una cifra, un indicador, un antecedente, a lo más en un caso que exponer en un reportaje sobre –habitualmente- abuso o maltrato.

Pero estas ex niñas tienen mucho más que contar. Desde la búsqueda misma de su identidad y los orígenes difusos de sus inicios hasta la experiencia de adaptarse a los códigos que rigen fuera de los hogares, esos códigos de un país que constantemente las invisibiliza.

Andrea quiere hacer un libro sobre su vida. Bárbara ya había sido entrevistada antes por otra estudiante. Ilianette les narra a sus clientas los múltiples giros de su historia mientras las atiende. Marylin me envió un mensaje de texto cuando le dijeron que trataba de contactarla. Solange fue la primera en decir que sí. En todas ellas estaba la necesidad de acercarle a otros sus vivencias, de volverse reales y humanas y visibles a través de sus sucesos. De acortar las distancias y posicionarse ahí, entre medio de nuestras historias más o menos cotidianas, para aparecer y ser vistas.

Da la coincidencia que a pesar de ser historias de vida difíciles, el compañerismo, la solidaridad y el cariño ayudaron a que se convirtieran en mujeres fuertes a pesar de los vestigios que dejó el abandono. Pero no para todos las cosas han podido ser así. Sus hermanos, otras compañeras de residencia, otros niños en hogares con menos condiciones, dibujan experiencias desalentadoras como síntoma de un problema más grande: una sociedad que no los prioriza, ni se hace cargo, ni los cuida y los deja dando botes en el desamparo.

Estas historias se desarrollan gran parte en un hogar en particular, en un pequeño pueblo, con varios funcionarios comprometidos. De ninguna manera, esta memoria es espejo de lo que sucede a nivel nacional. Y a pesar de lo potente que son las experiencias narradas, dentro del sistema residencial se cobijan vivencias más

complejas y más difíciles de llegar, donde se esconden las historias del resto de los niños “huachos” que Chile va abandonando en el camino.

Bibliografía

- CIPER (2014) Niños en situación de abandono y la urgencia de la modificación a la ley de adopción, escrito por: María Eliana Reyes <<http://ciperchile.cl/2014/07/17/ninos-en-situacion-de-abandono-y-la-urgencia-de-la-modificacion-a-la-ley-de-adopcion/>> [consultado: 10/12/2014]
- CIPER (2014) Y después de los horrores en el Sename, ¿qué?, escrito por: Matías Marchant <<http://ciperchile.cl/2014/04/24/y-despues-de-los-horrores-en-el-sename-%C2%BFque/>> [consultado: 10/12/2014]
- Infancia y política (2013) Crisis del Sename: un sistema que hiere cuando intenta cuidar <<http://infanciaypolitica.cl/2013/08/19/crisis-del-sename-un-sistema-que-hiere-cuando-intenta-cuidar/>> [consultado: 02/05/2015]
- Infancia y política (2014) Conclusiones y propuestas informe comisión investigadora cámara de diputados marzo 2014 <<http://infanciaypolitica.cl/2014/04/17/conclusiones-y-propuestas->

[informe-comision-investigadora-camara-de-diputados-marzo-2014/](#)>[consultado: 20/04/2015]

- Ley N° 19.968. Crea los tribunales de familia. Diario Oficial de la república de Chile. Santiago, 30 de agosto 2004

- Ley N° 20.032. Establece sistema de atención a la niñez y adolescencia a través de la red de colaboradores del Sename, y su régimen de subvención. Diario Oficial de la República de Chile. Santiago, 25 de julio de 2005

- Martínez, Victor (2010) Informe Final: Caracterización del perfil de niños, niñas y adolescentes, atendidos por los centros residenciales de SENAME <http://www.sename.cl/wsename/otros/INFORME%20FINAL_SENAME_UNICEF.pdf>[consultado: 10/05/2015]

- Salazar, Gabriel (2006) Ser niño “huacho” en la historia de Chile (Siglo XIX). Santiago, Chile. LOM Ediciones

- Servicio Nacional de Menores (2010) Bases Técnicas Línea de Acción Centros Residenciales Modalidad Residencias Especializadas de Protección

(RSP) <http://www.sename.cl/wsename/licitaciones/p22-08-10-2010/bases_tecnicas_residencias_RSP.pdf> [consultado: 13/04/2015]

- Servicio Nacional de Menores (2011) Bases Técnicas Línea de Acción Centros Residenciales Modalidad Residencias Para Mayores [en línea] <http://www.sename.cl/wsename/licitaciones/p8-29-04-2011/BASES_TEC_RESIDENCIAS_PARA_MAYORES_RPM.pdf> [consultado: 11/04/2015]
- Sename (2011) Primera consulta nacional a niños, niñas y adolescentes de centros residenciales: “Mi derecho a ser escuchado” <http://www.sename.cl/wsename/otros/estudios_2012/Informe_mi_derecho_a_ser_escuchado.pdf> [consultado: 22/02/2015]
- Unicef (2013) Levantamiento y unificación de información referente a niños, niñas y adolescentes en sistema residencial a nivel nacional <http://www.unicef.cl/web/wpcontent/uploads/doc_wp/Descripcion_Proyecto_Levantamiento_y_unificacion_de_informacion.pdf> [consultado: 25/04/2015]

Entrevistas

- Bravo, J. Andrea, creció dentro del sistema residencial chileno. Quinta de Tilcoco, Región del Libertador Bernardo O'Higgins. 18/02/2015
- Canales, Paz, psicóloga, docente magíster y diplomado en Estudios Sistémicos Relacionales de la Familia y la Pareja. Instituto Chileno de Terapia Familiar, La Reina, Región Metropolitana. 12/12/2014
- Castro, Nathaly (Solange), creció dentro del sistema residencial chileno. Quinta de Tilcoco, Región del Libertador Bernardo O'Higgins. 29/01/2015
- Cifuentes, Marilyn, creció dentro del sistema residencial chileno. Quinta de Tilcoco, Región del Libertador Bernardo O'Higgins. 13/03/2015
- Larrín, Soledad, psicóloga y consultora Área de Protección en Unicef Chile. Unicef, Las Condes, Región Metropolitana. 30/01/2015
- Lorenz, Bárbara, creció dentro del sistema residencial chileno. Las Condes, Región Metropolitana. 25/03/2015

- Sandoval, Ilianette, creció dentro del sistema residencial chileno. Santiago, Región Metropolitana. 26/03/2015
- Vega, Francisco, director de Fundación Instituto Chileno de Colonias y Campamento ICYC. Hogar de menores Villa Padre Alceste Piergiovanni, Quinta de Tilcoco, Región del Libertador Bernardo O'Higgins. 11/08/2014